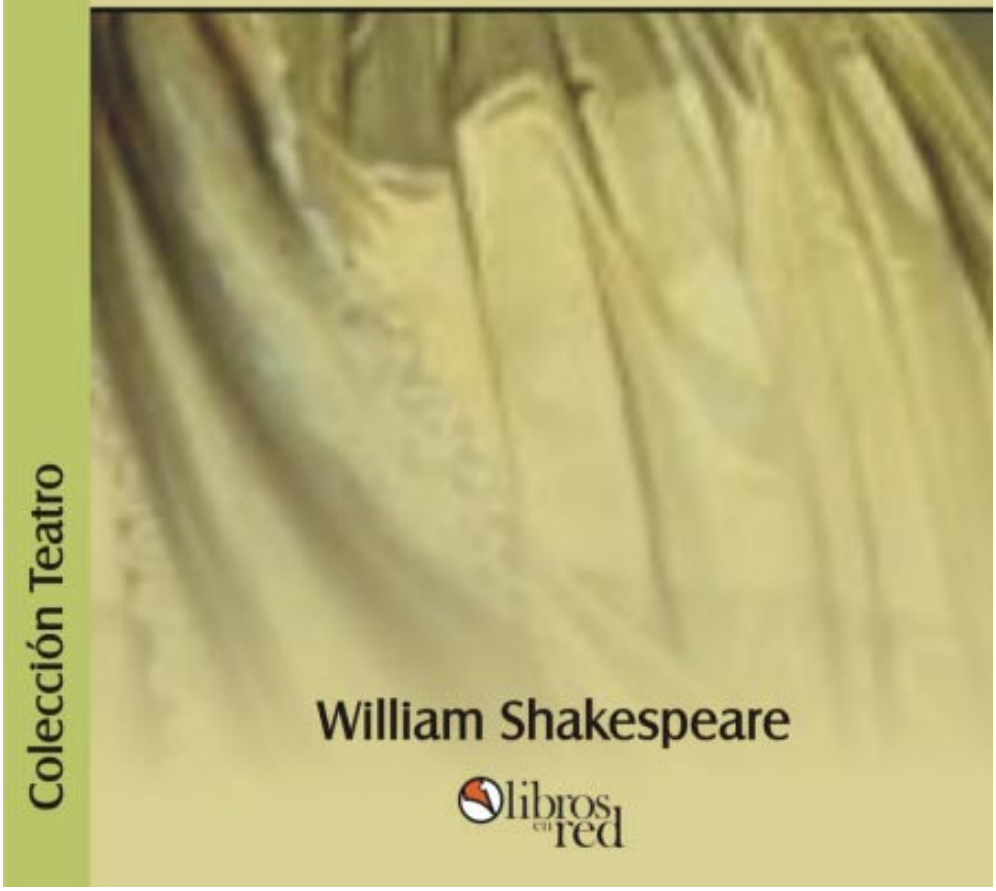


La fierecilla domada



William Shakespeare

libros en red

Colección Teatro

La fierecilla domada

William Shakespeare

Colección
Teatro

www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de Tapa: Patricio Olivera

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
Copyright 2003 LibrosEnRed
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Personajes

Prólogo
- Primera escena
- Segunda escena

Primer acto
- Primer escena
- Segunda escena

Segundo acto
- Escena única

Tercer acto
- Primera escena
- Segunda escena

Cuarto acto
- Primera escena
- Segunda escena
- Tercera escena
- Cuarta escena
- Quinta escena

Quinto acto
- Primera escena
- Segunda escena

Acerca del Autor

Editorial LibrosEnRed

PERSONAJES

En el prólogo:

Un noble (lord).

CRISTÓBAL SLY, calderero.

Una hostelera.

Pajes, cómicos, monteros y criados del lord.

En la comedia:

BAUTISTA, hidalgo rico de Padua.

VINCENTIO, hidalgo anciano de Pisa.

LUCENTIO, hijo de Vincentio, galán de Blanca.

PETRUCHIO, hidalgo de Verona, pretendiente y luego marido de Catalina.

GREMIO, HORTENSIO, pretendientes de Blanca.

TRANIO, BIONDELLO (muchacho joven), servidores de Lucentio.

GRUMIO, hombre diminuto, lacayo de Petruchio

CURTIS, criado viejo, encargado de la casa de campo de Petruchio.

NATANIEL, FELIPE, JOSÉ, NICOLÁS, PEDRO, criados de Petruchio.

Un pedagogo de Mantua.

CATALINA (la Tarasca), BLANCA, hijas de Bautista.

Una viuda.

Un sastre, un mercader, criados al servicio de Bautista y de Petruchio.

La acción ocurre en Padua y en la casa de campo de Petruchio

LibrosEnRed

PRÓLOGO

Primera escena

Ante la puerta de una taberna en un bosquecillo

(Se abre la puerta de la taberna y sale SLY, expulsado por la TABERNERA)

SLY.-¡Por quien soy, que te voy a cardar el moño!

TABERNERA.-¿Las esposas es lo que te hacen falta, bribón!

SLY.-La bribona y redomada lo eres tú. Los Sly jamás fueron pícaros. Puedes informarte en las crónicas. Vinimos a Inglaterra con Ricardo el Conquistador.

Por consiguiente, paucas pallabris, que el mundo siga dando vueltas y punto en boca.

TABERNERA.-¿Es decir que no quieres pagar los vasos que has roto?

SLY.-¡Ni un denario! ¡Largo, largo, la santa Jerónima! Vete a calentar la cama, que la tienes fría.

TABERNERA.-Pues entonces ya sé lo que tengo que hacer: ir a buscar al oficial del barrio.

SLY.-Oficial, capitán o comandante, la ley me servirá de respuesta. No me vuelvo atrás de lo que he dicho ¡ni una pulgada!, hermosa. Que venga, que venga, y será bien recibido. (Cae por tierra y se duerme. Al punto se oye el estrépito producido por cuernos de caza y seguidamente entra un Noble que vuelve, tras una batida, con sus piqueros y criados.)

NOBLE.-Montero, te recomiendo mis perros. Cuídalos como es debido.

Sangra a Merriman. La fatiga y la espuma ahogan a la pobre bestia; y pon juntos a Clowder y la perra de la boca grande. ¿Has visto, muchacho, cómo Silver ha encontrado la pista en el recodo del seto? No quisiera perder este perro por veinte libras.

LibrosEnRed

PRIMER MONTERO.-Pues Belman no le va en zaga, señor. Apenas la pista perdida, ¡qué manera de ladrar! Y por dos veces la ha encontrado y en los sitios más oreados. Para mí es el mejor de los perros, creedme.

NOBLE.-¡Bah!, eres bobo. Si Echo fuese tan rápido como él, ¡doce Belman valdría! Pero bueno, hazlo comer como es debido y ocúpate bien de todos, pues mañana quiero cazar aún.

PRIMER MONTERO-Contad conmigo, señor.

NOBLE.-(Viendo a Sly.) Pero, ¿qué es esto? ¿Un muerto o un borracho? Mirad a ver si respira.

SEGUNDO MONTERO.-Respira, respira, señor. Y por fortuna para él, la cerveza le calienta. De otro modo, difícil que durmiese tan profundamente en cama tan fría.

NOBLE.-¡Qué bruto! Ahí le tenéis, tumbado como un cerdo. Innoble y repugnante imagen de la sombría muerte. Pero me voy a divertir con este borracho. Vamos a ver: ¿creéis que transportado a una buena cama, entre sábanas finas, anillos en los dedos, una mesa suculenta junto a él al abrir los ojos y en torno criados de librea; creéis, digo que este mendigo olvidaría lo que es?

PRIMER MONTERO.-¡Qué duda cabe, señor! Cómo querríais que ocurriese otra cosa.

SEGUNDO MONTERO.-¡Y qué sorpresa al despertar!

NOBLE.-Poco más o menos, como la impresión que causa un ensueño halagador o una quimera. Pues dicho y hecho: levantadle con todo cuidado y preparemos bien la broma. Llevadle suavemente hasta la más hermosa de mis alcobas y llenadla con los cuadros que tengo más excitantes. Lavad asimismo su cabeza, ¡tan sucia!, con aguas templadas y bien perfumadas, e incluso quemad maderas olorosas para que perfumen la estancia. Y para cuando vaya a despertar, tened preparada una orquesta a punto de dejar oír una música dulce, celestial. Y si empieza a hablar, amontonaos presurosos en tomo suyo y decidle del modo más humilde y respetuoso: "¿Qué desea vuestra señoría?" Y al momento que uno de vosotros se le acerque con una aljofaina de plata llena de agua de rosas cubierta de otras flores deshojadas. Otro que lleve un jarro. Un tercero, una toalla toda brochada y que al ofrecérsela diga: "–¿Le agradaría a vuestra señoría refrescarse las manos?" Al mismo tiempo, que otro tenga dispuesto cuanto necesite para su atavío y le pregunte qué traje se quiere poner.

LibrosEnRed

Aún otro le hablará de sus perros y de sus caballos, sin olvidar a su amante esposa, a quien su enfermedad tiene tristísima. En fin, persuadidle de que ha estado loco. Y cuando responda que él es fulano de tal, decidle que sueña, que quien es realmente es un gran señor y no otra cosa. Si lleváis la cosa con habilidad y discreción, no habrá entretenimiento comparable.

PRIMER MONTERO.-Yo os garantizo, señor, que representaremos nuestro papel de un modo tan perfecto, que no dudará en creer que es quien le digamos que sea.

NOBLE.-Pues bien, levantadle con todo cuidado y llevadle a la cama. Y estad preparados para cuando abra los ojos. (Los criados se llevan a Sly. Al punto empieza a sonar ruido de trompetas.) Tú, bribón, ve a ver qué trompeta es esa que se oye. (El criado sale.) Sin duda algún noble caballero en viaje que, fatigado, desea descansar aquí. (Vuelve el criado.) Veamos: ¿qué es?

CRIADO.-Con el permiso de vuestra señoría, se trata de una compañía de cómicos que se ofrecen a representar ante vuestro honor.

NOBLE.-Ve y diles que se acerquen. (Entran los cómicos.) Sed bien venidos, muchachos.

CÓMICOS.-Gracias, noble señor.

NOBLE.-¿Tenéis el propósito de permanecer en mi casa esta noche?

UNO DE LOS CÓMICOS.-Si place a vuestra señoría aceptar nuestros servicios, honradísimos.

NOBLE.- Por mí, con mucho gusto. Por cierto, que he aquí un bravo del que me acuerdo muy bien. Sí, recuerdo haberle visto hacer el papel del hijo mayor de un granjero. Aquella comedia en que tan admirablemente hacías la corte a cierta gran dama. Tu nombre le he olvidado, pero el papel, a fe que te iba de maravilla. Y que le representabas del modo más natural del mundo.

UN CÓMICO.-Me parece que vuestra señoría se refiere a Soto.

NOBLE.-En efecto. Y tú representabas el papel a la perfección. Pues bien, habéis llegado a pedir de boca. Tan a punto, que preparo un entretenimiento en el que vuestra habilidad podrá serme sumamente útil. Hay aquí cierto, señor que sería feliz viéndoos representar esta noche. Pero mucho me temo que no seáis capaz de guardar la compostura debida al ver su extraña traza. Porque trátase de un elevado personaje que no obstante,

jamás ha presenciado una obra de teatro y, como digo, temo se os escape alguna broma que le ofendería gravemente. Por consiguiente, os lo advierto mucho: por poco, amigos míos, que os viese reír, se pondría furioso.

UN CÓMICO.-No temáis nada, excelencia. Sabremos contenernos, aunque fuese el más grotesco personaje del mundo.

NOBLE.-Tú, pícaro, llévales al cuarto de servicio y que todos reciban la buena acogida que merecen. Que no carezcan de nada cuanto se les pueda ofrecer en mi casa. (Sale el criado seguido de los cómicos. El noble sigue, dirigiéndose a otro criado.) Y tú, bribón, ve a buscar a Bartolomé, mi paje, y dile que de pies a cabeza se vista como una dama. Y una vez hecho llévale al cuarto del borracho, llamándole siempre "señora" e inclinándote al hacerlo en señal de profundo respeto. En cuanto a él, dile que si quiere tenerme contento que imite la manera de conducirse de las señoras nobles cuando están en presencia de sus maridos. Que como tal se comporte con el borracho, y que hablándole con voz dulce y con rendida sumisión le diga, por ejemplo: "¿Qué tiene que ordenar hoy vuestra señoría que pueda permitir a vuestra obediente, esposa testimoniaros su celo y probaros su amor?" Y al punto, abrazándole cariñosamente y entre tiernos besos, y apoyando su cabeza en su pecho, que trate de llorar, diciéndole que tales lágrimas vienen de la alegría que siente viendo cómo su noble señor ha vuelto a sus sentidos tras haberse imaginado, durante siete largos años, que no era sino un pobre mendigo. Y, caso de que mi paje no tenga ese don, tan fácil a las mujeres, de verter a voluntad lágrimas a torrentes, podrá salir del paso mediante una cebolla cuidadosamente envuelta en su pañuelo que, cerca de los ojos, hará que están constantemente húmedos.

Corre a poner en práctica inmediatamente lo que te digo, que luego te daré nuevas instrucciones. (Sale el criado.) Seguro que el paje imitará a la perfección la gracia, la voz, el porte y los ademanes de una dama de calidad. Impaciente estoy ya por oír cómo llama al borracho esposo mío, y por ver cómo los demás, conteniendo la risa, se apresuran a prestar toda clase de homenajes al patán. Voy a hacerles aún algunas recomendaciones. Mi presencia moderará, además, su humor, naturalmente demasiado alegre, pues sin ello fácilmente podrían ir más allá de los justos límites. (Salen todos.)

LibrosEnRed

Segunda escena

Una alcoba en el palacio del noble

(SLY, vestido con una rica bata, está rodeado de criados. Unos tienen en sus manos vestidos suntuosos; otros, aljofaina, jarro y demás neceseres para lavarse. Entra también el noble, pero modestamente vestido.)

SLY.-Por el amor de Dios, dadme un jarrillo de cerveza.

PRIMER CRIADO.-¿No le agradaría a Vuestra Señoría una copa de vino de

Canarias?

SEGUNDO CRIADO.-¿Y no probaría Vuestra Excelencia estas exquisitas frutas en dulce?

TERCER CRIADO.-¿Qué traje desea Vuestra Honor ponerse hoy?

SLY.-Yo soy Cristóbal Sly. No me hartéis, pues, con tanta "Señoría" y "Excelencia". En cuanto al vino de Canarias, jamás lo he catado; y si queréis darme algo preparado, que sea buey bien ahumado. No me preguntéis tampoco qué traje quiero ponerme, pues no tengo más justillos que espaldas, más calzas que piernas, ni más zapatos que pies. Es más, con frecuencia me ocurre tener más pies que zapatos. O tales zapatos que los dedos asomen por los agujeros del cuero.

NOBLE.-¡Que el cielo libre a Vuestra Señoría de la triste chifladura de que es víctima! ¿Cómo es posible que señor tan poderoso, de tan elevada cuna, dueño de tan cuantiosa fortuna y de tan altísima consideración, sea víctima de tan insensata manía?

SLY.-Pero, vamos a ver, ¿es que queréis volverme loco? ¿Es que acaso no soy Cristóbal Sly, el hijo del viejo Sly, de Burton-heath, buhonero de nacimiento, fabricante de cuerdas, gracias a su educación, por cambio, exhibidor de osos y actualmente calderero de oficio? Preguntad a Mariam Hacket, la tabernera gorda de Wincot, si me conoce o no. Y si no dice que la he dejado de cuenta catorce denarios de cerveza, tenedme por el más redomado embustero de la cristiandad... (Un criado le trae un jarro con cerveza.)

¿Quién habla de que yo haya perdido la cabeza? A la... (Bebe.)

TERCER CRIADO.-¡Ay!, eso es lo que hace gemir a vuestra esposa.

LibrosEnRed

SEGUNDO CRIADO.-¡Y lo que abruma a vuestros servidores!

NOBLE.-Y he aquí por qué vuestros parientes huyen de vuestra casa, expulsados de ella por vuestro triste extravío. Ea, noble señor, piensa en tu nacimiento, llama de su destierro a tus pensamientos de otro tiempo, y aleja, por el contrario, lo más que te sea posible, estas divagaciones de ahora, tan bajas y abyectas. Mira cómo tus servidores se agolpan en tomo tuyo, dispuesto cada uno a servirte a la menor de tus indicaciones. ¿Te placería oír música?

Escucha. (Se oye, en efecto, una música dulcísima.) El propio Apolo toca, y veinte ruiseñores enjaulados cantan. ¿Prefieres, acaso, dormir? Si es así, te conduciremos a un lecho más suave y mullido que el preparado ex profeso para Semíramis. ¿Es que acaso deseas pasearte? Si así es, cubriremos el camino de alfombras. ¿Te agradaría montar a caballo? Tus bridones están dispuestos y enjaezados con arneses bordados con oro y perlas. ¿Te apetece tal vez cazar con halcón? Precisamente tienes muchos, cuyo vuelo es más rápido que el de la alondra mañanera. ¿Acaso la montería? Tu jauría hará resonar el cielo y despertará con sus ladridos el eco estridente de las cavernas.

PRIMER CRIADO.-Di, señor, que lo que quieres es cazar a la carrera, pues tus lebreles son tan rápidos como ciervos lanzados, y más ágiles que las corzas mismas.

SEGUNDO CRIADO.-¿Te placen los cuadros? Si es así, al punto te traeremos uno que representa a Adonis al borde de un arroyo, y a Citerea, oculta entre unas cañas, que diríase que se mueven y ondulan a causa de su aliento, lo mismo que cuando son agitadas por la brisa.

NOBLE.-Te mostraremos a lo, aún virgen, en el momento de ser seducida por sorpresa. La pintura es tan viva que diríase que se ve la escena.

TERCER CRIADO.-O bien a Dafné, errando a través de la agreste espesura que la araña las piernas. Pero con tal verdad, que se juraría que sangra, y que Apolo, desolado, llora al verlo. ¡De tal modo, sangre y lágrimas están pintadas con arte magistral!

NOBLE.-Eres un gran señor y tan sólo un gran señor. En cuanto a tu dama, infinitamente más hermosa es que todas las de este degenerado tiempo.

PRIMER CRIADO.-Antes de que las lágrimas que vertió por tu culpa cayesen a raudales por su hermosísimo rostro, era la más hermosa criatura del mundo. Incluso hoy no cedería a ninguna otra en belleza.

LibrosEnRed

SLY.-¿De veras soy un gran señor? ¿Tengo, en verdad, una hermosa mujer?

Pero, ¿es que sueño o, por el contrario, es hasta ahora cuando he estado soñando? Sin embargo, no estoy dormido, puesto que veo, oigo y hablo. Como huelo perfumes deliciosos y toco objetos delicados. Sí, ¡por mi vida!, señor soy y no calderero; no Cristóbal Sly. Magnífico. Pues traedme al punto a esa nuestra dama para que yo la vea. Y aún otro jarro de cervecita.

SEGUNDO CRIADO.-¿Agradaría a Vuestra Señoría lavarse las manos? (Le presentan cuanto es necesario para ello.) ¡Qué felicidad para nosotros ver a nuestro señor vuelto a la razón! ¡Si de veras os dieseis bien cuenta de quién sois ! Hundido habéis estado durante los últimos quince años en un verdadero sueño. Hasta cuando despertabais parecíais dormido.

SLY.- ¿Dormido durante quince años? ¡Largo sueño, a fe mía! Y durante todo este tiempo, ¿no he dicho nada?

PRIMER CRIADO.-Por supuesto, Señor, pero palabras desprovistas de sentido. Aunque estabais acostado aquí en esta hermosa cámara, pretendías que habíais sido puesto de patas en la calle y llenabais de injurias a la dueña de la casa, asegurando, además, que la citaríais ante la justicia. Y ello, por haberos servido cántaros de gres en vez de botellas bien lacradas. A veces llamabais también a Cecilia Hacket.

SLY.-Sí, la criada de la taberna.

TERCER CRIADO.-Pues bien, señor, en realidad no conocíais ni criada ni taberna. Como tampoco a ninguno de los hombres que citabais tantas veces: por ejemplo, Stephen Sly, el viejo John Naps de Greece, Pedro Turph, Enrique Pimprenelle y veinte más, de nombres parecidos, que nunca existieron ni alguien vio jamás.

SLY.-Bueno... ¡Pues Dios sea alabado por haberme curado!

TODOS.-¡Amén!

SLY.-(Al criado.) Te doy las gracias, y descuida que nada perderás por lo que me has dicho. (Entra el Paje vestido como una gran dama y seguido de su séquito.)

PAJE.-¿Cómo está mi noble señor?

SLY.-Muy bien, ¡pardiez!, pues aquí se está de primera y hay de todo.

¿Dónde está mi mujer?

LibrosEnRed

PAJE.-Aquí, noble señor, yo soy. ¿Qué me ordenáis?

SLY.-¿Eres mi mujer y no me llamas tu marido? Bueno que éstos me llamen "señoría", pero para ti soy tu hombre.

PAJE.-Mi marido y señor, mi señor y mi esposo. Y, yo vuestra mujer toda obediente.

SLY.-Ya lo sé. ¿Cómo debo llamarte?

PAJE.-Señora.

SLY.-¿Pero señora Alicia, señora Juana o qué?

PAJE.-Señora y basta, pues de este modo un señor se dirige a las damas.

SLY.-Señora mi dama: dicen que he soñado y dormido durante quince años y tal vez más.

PAJE.-¡Ay!, quince años que me han parecido treinta a causa de haber estado todo este tiempo ausente de vuestro lecho.

SLY.-Largo tiempo, en efecto. . . Criados, dejadme solo con ella.

(Los criados se retiran.) Señora, desnúdate y acostémonos en seguida.

PAJE.-Os suplico, nobilísimo señor, que me excuséis aún por una noche o dos; o por lo menos, esperad a que el sol se ponga. Pues vuestros médicos me han recomendado muy mucho, so pena de que volváis a caer en la antigua enfermedad, que me abstenga aún de vuestro lecho. Espero que tan justa causa será suficiente excusa.

SLY.-Sí, la razón es poderosa. No obstante, mucho me va a costar esperar tanto tiempo. Claro que, como no quiero volver a caer en mis ensueños, esperaré a despecho de la carne y de la sangre. (Entra un criado.)

EL CRIADO.-Los cómicos de Vuestra Señoría, habiendo sabido vuestro restablecimiento, han venido a ofreceros una agradable comedia. Tal ha sido aconsejado por vuestros médicos; sabiendo que el exceso de tristeza ha congelado vuestra sangre y, por aquello de que la melancolía es madre del frenesí, encuentran saludable que oigáis una pieza teatral, con objeto de que vuestro espíritu se predisponga a la bulliciosa alegría que, como es sabido, previene toda suerte de males y alarga la vida.

LibrosEnRed

SLY.-¡Pardiez!, la cosa me place; que representen su pieza. Una "comedia" ¿no es una de esas farsas de Navidad o uno de esos manejos de los titiriteros?

PAJE.-No, mi querido señor; es algo más agradable y mejor.

SLY.-¿Cuestión de cortinas y de papeles pintados?

PAJE.-Es una especie de historia.

SLY.-Bien. Ahora lo veremos. Señora mi mujer, siéntate a mi lado y dejemos que el mundo siga dando vueltas. Jamás seremos más jóvenes que ahora. (El paje obedece y empieza a sonar la música.)

PRIMER ACTO

Primer escena

Padua. Una plaza

(Entran LUCENTIO y su criado TRANIO.)

LUCENTIO.-Por fin, Tranio, tras tanto como deseaba ver la hermosa Padua, cuna de las artes, heme aquí al cabo llegado a Lombardía, jardín delicioso de la gran Italia. En ella estoy, sí, gracias al cariño y autorización de mi padre, y, además, enriquecido con tu fiel compañía. Tranio, mi leal servidor, cuya abnegación tantas veces he puesto ya a prueba. Respiremos, pues, satisfechos, aquí, y empiece un período de trabajo sabio y de nobles estudios liberales...

Pisa, afamada a causa de la seriedad de sus ciudadanos, me vio nacer. Y antes que a mí, a mi padre, de la raza de los Bentivoli, Vincentio, gran comerciante cuyos negocios se extienden por el mundo. El hijo de Vincentio, educado en Florencia, debe ahora, con objeto de responder a todas las esperanzas que en él han sido puestas, añadir a sus riquezas el adorno de sus acciones virtuosas. He aquí por qué, Tranio, al mismo tiempo que estudio voy a tratar de practicar la virtud, aplicándome especialmente a esa parte de la filosofía que trata, en particular, de la dicha que se puede conseguir mediante la virtud... Dame, pues, tu opinión sobre este propósito, pues he dejado Pisa y he venido a Padua como aquel que se aparta de un estanque poco profundo para zambullirse en un gran río con el propósito de apagar en él su sed.

TRANIO.-Mi gentil amo; comparto enteramente vuestros sentimientos y muy feliz seré si persistís en vuestra resolución de libar los jugos de la suave filosofía. No obstante, mi querido amo, bien que admiremos la virtud y la disciplina moral, no nos volvamos, os lo ruego, estoicos, a punto de pasar por leños, ni sigamos los preceptos de Aristóteles hasta el punto de rechazar y abominar de Ovidio. Discutid sobre lógica con vuestros amigos. Pero practicad la retórica en vuestras conversaciones cuotidianas. Acudid a la música y a la poesía para solazar y reanimar vuestro espíritu, pero de la matemática y de la metafísica no toméis más de lo que vuestro estóma-

LibrosEnRed

go pueda digerir. Pues allí donde no hay placer no hay provecho. En una palabra, mi amo, estudiad aquello que más os agrade.

LUCENTIO.-Muchas gracias, Tranio. Buenos son tus consejos. En cuanto a Biondello, lástima que no haya llegado ya a estas costas. De haberlo hecho, podríamos tomar al punto nuestras disposiciones y escoger un alojamiento digno de recibir a los amigos que el tiempo que estemos aquí no dejará de procuramos. Pero, aguarda... ¿Qué gente es esa que llega?

TRANIO.-Tal vez una comisión, mi amo, que viene a darnos la bienvenida.

(Entran Bautista acompañado de sus dos hijas, Catalina y Blanca, seguidos de Gremio, viejo hidalgo, ridículo, y de Hortensio, enamorado de Blanca. Lucentio, y Tranio se apartan.)

BAUTISTA.-No me importunéis más, señores. Ya sabéis lo que he resuelto: no casaré a mi hija pequeña sin que la mayor tenga ya marido. Por consiguiente, si alguno de vosotros dos ama a Catalina, como os conozco bien y os estimo como os merecéis, licencia tiene el que sea para hacerla la corte.

GREMIO.-(Aparte.) ¿Hacerla la corte? Que no sea como es, he aquí lo que habría que hacerla. Por mi parte, la encuentro harto áspera. Pero vos, Hortensio, ¿la tomaríais tal vez por mujer?

CATALINA.-(A su padre.) ¡Cómo! ¿Es que pretendéis hacer de mí un cimbel para la ristra de pretendientes?

HORTENSIO.-¿Pretendientes, hermosa criatura? ¿Qué entendéis vos por pretendientes? Nada de pretendientes, en lo que os afecta, mientras no seáis más dulce y más amable que en el presente.

CATALINA.-De veras, señor mío, que nada tendréis que temer jamás. No estáis aún, podéis creerme, ni a mitad del camino que conduce al corazón de la hermosa. Pero de ocurrir, estad seguro que el primer cuidado de la bella sería peinaros la cabezota con las tres patas de un escabel, pintarrajear vuestra cara y trataros, en fin, como lo que sois: como un necio.

HORTENSIO.-(Aparte.) ¡De demonios semejantes líbranos, Señor!

GREMIO.-(Ídem.) ¡Sin olvidarme a mí, buen Dios!

TRANIO.-(A Lucentio.) ¡Atención, mi amo! Me parece que la vamos a gozar.

Esa joven o es una loca de atar o una arpía fenomenal.

LibrosEnRed

LUCENTIO.-En cambio, en el silencio de la otra admiro la dulzura y la discreción de una virgen... Calla, Tranio.

TRANIO.-Bien dicho, mi amo. Callemos, contentándonos con mirar cuanto ocurre.

BAUTISTA.-Pues lo dicho, señores. Blanca, vete a casa. Y que ello no te disguste, mi querida Blanca. No te querré menos por ello, hija mía.

CATALINA.-¡Pobrecita criatura! Metedle un dedo en un ojo y sabrá al menos por qué llora.

BLANCA.-Sí, sí, que mi tristeza os sirva de alegría... Señor, obedezco humildemente vuestra voluntad. Mis libros y mis instrumentos de música serán mi compañía. Unos me servirán de estudio; la otra, de entretenimiento.

LUCENTIO.-¿Oyes, Tranio? ¿No te parece estar escuchando a Minerva?

HORTENSIO.-Señor Bautista, extraña decisión la vuestra. Pena me da que nuestro afecto hacia Blanca sea para ella causa de contrariedades.

GREMIO.-Pero ¿es que queréis encerrarla en una jaula y castigarla tan sólo porque este demonio infernal de su hermana tenga una lengua de víbora?

BAUTISTA.-Señores míos; haced lo que mejor os plazca. En cuanto a mí, lo que he resuelto, ¡resuelto está! Blanca, a casa. (Blanca sale.) Como sé que ama con pasión música y poesía, haré venir a mi casa profesores capaces de instruir su juventud. Si conocéis alguno, Hortensio, o vos, Gremio, enviádmelos. Siempre tendré toda suerte de atenciones con los hombres de talento; así como no dejaré de ser generoso en cuanto afecta a la educación de mis hijas. Y esto dicho, adiós. Tú, Catalina, puedes quedarte; yo tengo que hablar aún con Blanca. (Sale.)

CATALINA.-Pero ¿es que si me place largarme no voy a poder hacerlo? ¡Pues no falta más sino que se me dijese lo que he de hacer con mi tiempo, cual si yo fuese incapaz de saber lo que hay que tomar y lo que hay que dejar! ¡Está bonito! (Sale.)

GREMIO.-Puedes irte, sí, y si te place, a buscar al demonio y hacerte su mujer. Tan a propósito eres para él que nadie te retendrá aquí. Está tranquila.

¡Bah!, el amor no nos acucia tanto, Hortensio, que no podamos esperar, barajando juntos nuestras esperanzas y ayunando mientras sea preciso; nuestro bollo está aún crudo por ambos lados. Adiós, pues. No obstante,

LibrosEnRed

el afecto que siento hacia Blanca es tal, que si doy con un maestro capaz de enseñarle las artes que le son tan gratas, no dejaré de recomendárselo a su padre.

HORTENSIO.-Yo haré lo mismo señor Gremio. Pero una palabra aún, os lo ruego. Aunque hasta ahora la propia naturaleza de nuestra rivalidad no nos ha permitido conversar largamente, paréceme, tras haberlo pensado bien, que, si queremos poder acercamos aún a nuestra bella amada y pretender, como rivales felices, al amor de Blanca, tenemos ambos el mayor interés en realizar una cosa.

GREMIO.-¿Qué cosa? Os escucho.

HORTENSIO.-¡Pardiez, señor mío!, encontrar un marido para su hermana.

GREMIO.-¿Un marido? ¡Un demonio!

HORTENSIO.-Un marido, un marido, digo.

GREMIO.-Pues yo digo un diablo. Porque, ¿es que creéis, Hortensio, que, pese a la gran fortuna de su padre, habrá en el mundo un hombre tan loco como para casarse con ese infierno de mujer?

HORTENSIO.-¡Bah!, creedme, Gremio, aunque sea algo por encima de nuestra paciencia, de la vuestra y de la mía, el soportar sus gritos y sus querellas, no faltarán, amigo mío, barbianes atrevidos (la cuestión es dar con ellos), que carguen con la moza, pese a todos sus defectos, si va bien envuelta en dinero.

GREMIO.-No me atrevería yo a asegurar otro tanto. En todo caso, y en lo que a mi respecta, yo preferiría recibir tan sólo su dote, aun con la condición de ser azotado todas las mañanas en plena plaza del mercado.

HORTENSIO.-Razón tiene el proverbio; en efecto, cuando las manzanas están podridas, es difícil escoger. En todo caso, puesto que la condición impuesta por el padre nos hace amigos, mantengamos esta amistad hasta que hayamos encontrado un marido para la mayor de las hijas de Bautista. Luego, una vez la pequeña en libertad de casarse, la batalla empezará de nuevo. ¡Blanca querida! ¡Dichoso el hombre que consiga tal tesoro! El anillo al corredor más rápido. ¿No os parece, señor Gremio?

GREMIO.-Estamos de acuerdo. Y el mejor caballo de Padua daría, con gusto, con objeto de que llegase rápido a cortejarla, a aquel que quisiera empezar a enamorar a Catalina, casarse con ella, meterla en su cama y librar de su presencia a la casa. Ea, vamos. (Salen juntos.)

LibrosEnRed

TRANIO.-Pero decidme, mi amo, por favor, ¿es posible que el amor adquiera de pronto imperio tan grande?

LUCENTIO.-¡Oh Tranio!, antes de sentir que la cosa es cierta, no la hubiera creído posible, ni siquiera probable. Pero, escucha, mientras estaba aquí, mirando lo que pasaba sin pensar en otra cosa, he sentido los efectos del amor, y ahora, te lo confesaré con franqueza puesto que eres para mí un confidente tan querido como lo fue Ana para la reina de Cartago; ardo, languidezco, muero. Tranio, si no consigo conquistar a esa modesta joven. Aconséjame, Tranio, pues tú puedes hacerlo, bien lo sé. Ayúdame, Tranio, pues también sé que querrás ayudarme.

TRANIO.-Inútil ya, amo, tratar de regañaros. Jamás los reproches expulsaron el amor de un corazón enamorado. Si el amor os ha herido, no os queda sino un recurso: "Redime te captum quam quaes minimo".

LUCENTIO.-Gracias, amigo mío. Continúa; diríase que ya me siento aliviado. Lo que aún tengas que decirme me reanimará completamente. Tus consejos son buenos.

TRANIO-Mirabais, mi amo, a la joven con tal insistencia, que tal vez no habéis notado lo principal.

LUCENTIO.-¡Ya lo creo que lo he notado! He visto en su rostro una dulcísima belleza, tan sólo comparable a la de la hija de Agenor que obligó nada menos que al poderoso Júpiter a humillarse ante ella y a besar con sus rodillas las playas de Creta.

TRANIO.-¿Y es cuanto habéis visto? ¿No habéis notado cómo su hermana se ha puesto a gruñir y a tronar, tan fuerte, que no había oídos humanos que soportasen el estruendo?

LUCENTIO.-He visto, Tranio, moverse sus labios de coral y perfumar el aire con su aliento. A ella, y en ella cosas puras y suaves es cuanto he visto.

TRANIO. (Aparte.) -Lo primero, en verdad, es sacarle de su arrobamiento.

Despertad, mi amo, os lo ruego. Si amáis a la joven aplicad vuestros pensamientos y vuestro corazón a conquistarla. La situación es la siguiente: su hermana mayor es tan arisca y tan rabiosa, que mientras su padre no se haya desembarazado de ella, vuestra amada, mi amo permanecerá clavada en la casa. Y sólo con este propósito ha encerrado a la menor, con objeto de no verse importunado por sus pretendientes.

LibrosEnRed

LUCENTIO.-¡De qué modo, oh Tranio, es cruel ese padre! Pero ¿no te has dado cuenta de que se preocupa por encontrar maestros hábiles que puedan instruirla?

TRANIO.-¡Por supuesto, mi amo! Y, ¡pardiez!, he aquí lo que va a arreglar el asunto.

LUCENTIO.-Tal creo también.

TRANIO.-Amo, apostaría a que ambos hemos tenido pensamientos que se encuentran y no hacen sino uno.

LUCENTIO.-Dime primero el tuyo.

TRANIO-Pues que hagáis de profesor, y os encarguéis de instruir a la joven.

He aquí vuestro proyecto.

LUCENTIO.-Exacto. Y ¿es realizable?

TRANIO.-No, mi amo. Porque entonces, ¿quién cumpliría aquí, en Padua, el papel del hijo de Vincentio? ¿Quién tendría dignamente su casa, estudiaría en sus libros, recibiría a sus amigos, visitaría a sus compatriotas y les invitaría a comer con él?

LUCENTIO.-Basta, no te inquietes. Tengo ya pensado todo lo necesario. Como aún no nos han visto en casa alguna y no pueden leer en nuestras caras quién es el amo y quién el criado, he aquí cómo vamos a arreglar las cosas: tú serás, Tranio, quien hagas de amo en mi lugar. Tú quien llevarás la casa, su tren, los servidores y cuanto necesites para ocupar mi puesto. Y yo seré otro personaje cualquiera: un florentino, un napolitano o un hombre pobre cualquiera de Pisa. La idea está ya madura y la vamos a poner en práctica, Tranio. Conque despójate al punto y endósate mi sombrero y mi capa de color.

En cuanto a Biondello, al llegar se pondrá a tus órdenes. Pero antes tomaré las precauciones necesarias con objeto de frenar su lengua.

TRANIO.-Necesidad y mucha tendréis de ello. (Cambian sus vestidos.) En definitiva, mi amo, sea así, puesto que tal lo deseáis puesto que mi deber es ser obediente. Vuestro padre me lo recomendó muy bien antes de que partiésemos: "Sirve en todo a mi hijo", me encareció bien. Claro que entendía la cosa de modo muy distinto. Total: que soy feliz siendo Lucentio a causa de lo mucho que a Lucentio quiero.

LUCENTIO.-Debes decir, Tranio: en atención al amor que arde en Lucentio.

En cuanto a mí, esclavo quiero hacerme tan sólo por con-seguir a esa joven, cuya sola vista tan súbitamente ha cautivado, hiriéndolos, a mis pobres ojos.

(Entra Biondello.) Pero aquí llega este pícaro... ¿Dónde has estado, bribón?

BIONDELLO.-¿Que dónde he estado? Pues yo... Pero, y vos mismo, ¿dónde estáis ahora? ¿Es que mi compañero Tranio, amo, os ha robado vuestro vestido? ¿O es, al contrario, vos quien le habéis robado el suyo? ¿U os habéis robado mutuamente uno a otro? Decidme qué ocurre, os lo ruego.

LUCENTIO.-Acércate, granuja. El momento no está para bromas; por consiguiente, trata por tu parte de ponerte de acuerdo con las circunstancias. Tranio, tu compañero, al que ves aquí, se ha puesto mi traje y toma mi personalidad para salvarme la vida. Y yo me he endosado los suyos para poder escaparme. Porque desde que hemos desembarcado he matado a un hombre querellándome con él y temo haber sido descubierto. Por consiguiente, sírvele como si se tratase de mí mismo, mientras yo me alejo con objeto de salvar la vida; ¿me has comprendido?

BIONDELLO.-¿Yo, mi amo? Ni una palabra.

LUCENTIO.-¡Y jamás en la boca el nombre de Tranio! Tranio se ha cambiado ya en Lucentio.

BIONDELLO.-Suerte que tiene el pícaro. ¡Lástima que no me sucediese a mí otro tanto!

TRANIO.-Yo hago el mismo voto, compañerito, con tal de que se realice otro: que Lucentio pueda conseguir a la hija más joven de Bautista. En cuanto a ti, tarugo, ¡mucho cuidado! Y no a causa de mí, sino a causa de nuestro amo.

Y trata de comportarte del modo más conveniente, sea cual sea la clase de gente con que nos relacionemos. Cuando estemos solos, Tranio seguiré siendo. En toda otra ocasión, Lucentio, tu amo.

LUCENTIO.-Vámonos, Tranio, que aún hay algo que debes hacer tú mismo: ponerte entre el número de los pretendientes de Blanca. No me preguntes por qué, bástate saber que tengo para ello buenas razones. (Salen. Los del prólogo hablan a su vez.)

LibrosEnRed

PRIMER CRIADO.-Dormitáis, señor. ¿Acaso no os agrada la pieza?

SLY.-Ya lo creo, ¡por Santa Ana! Buena historia, no hay duda. ¿Van a dar aún otra?

PAJE.-Excelencia, ésta empieza apenas.

SLY.-Por seguro que es un trabajo hábilmente hecho, ¿eh, señora mi mujer?

Pero yo preferiría que hubiese acabado. (Sigue escuchando.)

Segunda escena

Padua. Delante de la casa de Hortensio

(Entran PETRUCHIO y su criado GRUMIO)

PETRUCHIO.-Verona, adiós te he dicho por algún tiempo con objeto de venir, como he venido, a ver a mis amigos de Padua. Y antes que otro alguno al más querido y mejor probado, mi buen Hortensio. Y esta es, si no me equivoco, su casa. ¡Aquí, Grumio, majadero! Da un porrazo.

GRUMIO.-¿Que dé un porrazo, mi amo? ¿A quién debo pegar? ¿Es que alguien ha insultado a vuestra señoría?

PETRUCHIO.- Pronto, bribón, golpéame ahí y bien fuerte.

GRUMIO.-¿Que os golpee ahí, mi amo? ¿Y quién soy yo, amo, para golpearos ahí?

PETRUCHIO.-¡Necio!, golpea al punto en esa puerta como es debido, o seré yo quien golpee tu cabeza de animal.

GRUMIO.-Estáis, mi amo, con ganas de disputa. Por supuesto, si yo empezase a golpearos, bien sé que pagaría al punto los vidrios rotos.

PETRUCHIO.-¡Cómo! ¿No obedeces? Pues bien, granuja, puesto que no quieres golpear, yo lo haré por ti. Vamos a ver si sabes o no solfear y cantar. (Le tira de las orejas)

GRUMIO.-¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mi amo se ha vuelto loco!

LibrosEnRed

PETRUCHIO.-Esto te enseñará a golpear cuando yo te lo mando, ¡idiota!, ¡bribón! (Hortensio abre su puerta.)

HORTENSIO.-¿Qué pasa? ¿Qué ocurre aquí? ¡Pero si son Grumio y mi muy querido Petruchio! ¿Cómo estáis todos allá por Verona?

PETRUCHIO.-Llegas, mi buen Hortensio, a punto para poner fin a la batalla. Con tutto il cuore, ben trovato, puedo decirlo.

HORTENSIO.-Alla nostra casa ben venuto, molto honorato signor mio Petruchio. Levántate, Grumio, levántate. Ya arreglaremos esta cuestión.

GRUMIO.-No, caballero; en verdad que poco importa cuanto explica en latín. Y decidme si no habría ahora una razón sobrada para abandonar su servicio. Porque escuchad, señor: me ha dicho que le golpease, que le golpease sin duelo. Y decidme vos si hubiera estado bien que un criado hiciese tal cosa con su amo. Sin contar que se trata de un hombre que (a simple vista se advierte) no parece tener talla como para defenderse. Pero más me hubiera valido haber golpeado fuerte, como me decía. No hubieras recibido ¡pobre Grumio!, lo que has recibido.

PETRUCHIO.-¡Qué idiota!, querido Hortensio. Lo que he dicho a este majadero ha sido que golpease tu, puerta y no ha habido medio de que me obedeciese.

GRUMIO.-¿Que golpease la puerta? ¡El cielo me valga! ¿Es que no me habéis dicho exactamente: "¡Pícaro, golpéame ahí!, ¡golpéame bien, golpéame fuerte!", y ahora decís se trataba de golpear la puerta?

PETRUCHIO.-Anda, idiota, quítate de mi vista o calla, te lo aconsejo.

HORTENSIO.-Paciencia, Petruchio; salgo garante de Grumio. No vale la pena, en verdad, una querella entre tú y él, tu antiguo, tu fiel, tu excelente servidor. Pero dime querido, ¿qué buen viento te trae de la antigua Verona aquí, a Padua?

PETRUCHIO.-E1 viento que dispersa siempre a los jóvenes por el mundo y les envía en busca de fortuna lejos de su país natal, que no les ofrece recursos suficientes. En pocas palabras, amigo Hortensio, he aquí cómo se han presentado para mí las cosas: Antonio, mi padre, ha muerto. Y yo me he lanzado al torbellino del mundo con objeto de ver de casarme y de hacer fortuna del mejor modo que me sea posible. Tengo escudos en la bolsa; allá en mi país, un patrimonio, y me he dicho: en camino y a ver mundo.

LibrosEnRed

HORTENSIO.-Pues que es así, ¿quieres que te hable con franqueza? Porque es que puedo presentarte a una mujer áspera de veras y de un carácter infernal.

Bien sé que mi proposición no vale ni las más mínimas gracias; ahora bien, como rica, esto también te aseguro que lo es, ¡y mucho! Claro que, no obstante, eres demasiado buen amigo para que yo te desee tal suerte.

PETRUCHIO.-Querido Hortensio, entre amigos tales que nosotros, pocas palabras bastan. Por consiguiente, si conoces una mujer suficientemente rica como para ser la mujer de Petruchio, como el oro es el estribillo de mi danza de boda, aunque fuese tan fea como la novia de Florent y tan vieja como la Sibila; tan áspera y malhumorada como Xantipa, la mujer de Sócrates o peor aun, no cambiaría de idea ni sería capaz todo ello de embotar el filo de la pasión que me inspiraría, incluso si era más indomable que las poderosas olas del Adriático desencadenadas. Precisamente he venido a Padua a hacer boda rica: matrimonio rico, matrimonio feliz.

GRUMIO.-Ya veis, caballero, que os dice sin rodeos lo que piensa. Dadle oro y se casará con una muñeca, con la figurilla de un lazo de zapato, o con una bruja vieja que no tenga un diente y si más achaques que cincuenta y dos matalones. Abunde la pista y todo irá como sobre ruedas.

HORTENSIO.-Petruchio, puesto que tal son las cosas, vuelvo otra vez sobre lo que por pura broma te había dicho. Puedo, sí, Petruchio amigo, procurarte una mujer no solamente con mucho dinero, sino joven y bella, mas educada como corresponde a una doncella de calidad. Un solo defecto tiene, ahora de marca; a saber: que es inaguantable, áspera, violenta y terca. Pero todo de tal modo, que había de ser mi fortuna muy inferior a lo que es, y no me casaría yo con ella aunque el hacerlo me valiese una mina de oro.

PETRUCHIO.-Detén la lengua, Hortensio. No conoces el poder del oro.

Dime el nombre de su padre y ello me basta. E iré a dar la batalla así ruja más que el trueno cuando revienta las nubes en otoño.

HORTENSIO.-Su padre es Bautista Minola, caballero afable y cortés. En cuanto a ella, Catalina Minola se llama; célebre en toda Padua a causa de la violencia de su lengua.

PETRUCHIO.-Por mi parte, no la conozco; pero sí a su padre, que, por cierto, en tiempos conocía también mucho al mío. Y desde ahora te digo que no

LibrosEnRed

descansaré hasta haberla visto. Por consiguiente, permíteme que te deje apenas encontrado, a menos que gustes acompañarme a su casa.

GRUMIO. (A Hortensio.)-Dejadle, dejadle que vaya, caballero, mientras le canta el capricho de hacerlo. Os doy mi palabra que si la paloma le conociese como yo le conozco, sabría que chillar con él es como si nada. Puede llamarle ganapán u otras cosas semejantes una docena de veces, y se quedará tan tranquilo. Y como se decida a que haya tormenta, ¡tormenta habrá! Esto os lo garantizo también, caballero. Es más, por poco que le resista, la caerá tanto y tan bien caído en plena cara, que pronto, desfigurada, sus ojos no serán más grandes que los de un gato. Creedme, señor, que no le conocéis bien.

HORTENSIO.-Pues aguarda un instante entonces, Petruchio, e iré contigo.

Porque Bautista tiene también bajo su poder a mi tesoro, a la joya de mi vida: su hija menor Blanca, a la que ha apartado de mis ojos, así como a los de todos sus pretendientes, mis rivales, porque, suponiendo que, a causa de todos los defectos que te he enumerado a propósito de Catalina, nadie la solicitará en matrimonio, por ver precisamente de conseguirlo, el padre ha decidido que nadie podrá acercarse a Blanca si previamente la maldita Catalina no ha encontrado un marido.

GRUMIO.-¿Catalina la maldita? ¿Podría haber apodo peor para una joven?

HORTENSIO.-Y ahora, mi querido Petruchio, vas a hacerme un favor. Voy a disfrazarme con el traje más modesto que encuentre, y me presentarás al anciano Bautista como un experto profesor de música que daría con Ruste lecciones a Blanca. Mediante esta estratagema tendré al menos la libertad suficiente para seguir haciendo la corte a mi amada sin inspirar sospechas, es decir para hablar a solas con ella.

GRUMIO.-No me parece que haya en ello trapacería. No obstante, ved cómo los jóvenes saben ponerse de acuerdo para engañar a los viejos (Entran Gremio Y Lucentio, éste disfrazado de maestro de escuela y llevando unos libros bajo el brazo.) ¡Amo!, ¡amo!, mirad detrás de vos, mirad. ¿Quiénes serán esos que llegan?

HORTENSIO.-Silencio, Grumio. Es mi rival. Apartémonos un instante, Petruchio.

GRUMIO.-¡Hermoso joven!, de veras. Y con aire de muy enamorador. (Se apartan.)

LibrosEnRed

GREMIO.-Muy bien ¡muy bien! La lista de libros, ¡perfecta! Porque, escuchadme, quiero no solamente que todos estén muy bien encuadernados, sino que sólo traten de amor. Tener cuidado de no hacerla leer otros, ¿me comprendéis?... Además de lo que os procuraría la liberalidad del señor Bautista, yo añadiré largamente lo que merezcan vuestros servicios. Tomad vuestra lista. (Se la entrega.) Y que cuanto vaya a sus manos esté bien perfumado, pues más suave es que todos los perfumes la a quien los libros están destinados. ¿Qué vais a leerle hoy?

LUCENTIO.-Estad tranquilo; sea lo que sea de lo que trate la lección, pleitearé vuestra causa, puesto que lo haríais vos mismo. Y hasta quizá en términos más persuasivos. A menos, señor, que seáis letrado.

GREMIO.-¡Ah, el saber! ¡Las letras! ¡Qué cosa grande las letras!

GREMIO (Aparte.) -¡Oh, los besugos! ¡Qué besugo más grande este asno!

PETRUCHIO.- ¡Silencio, idiota!

HORTENSIO.-Calla, sí, Grumio (Avanzando.), Dios os guarde, amigo señor Gremio.

GREMIO.-¡Ah! Sed bien venido, señor Hortensio. ¿Sabéis adónde voy? A casa de Bautista Minola. Le había prometido ocuparme en, encontrar un profesor para la hermosa Blanca, y he tenido la fortuna de tropezarme con este joven que, a causa de su ciencia y sus modales, le conviene perfectamente. Es sumamente versado en poesía y en otros libros, todos excelentes, os lo garantizo.

HORTENSIO.-Pues me parece muy bien. Por mi parte, he dado a mi vez con un hidalgo que me ha prometido encontrar un maestro de música capaz de instruir a nuestra amada. Con ello, no seré yo menos que vos en salir útil a la deliciosa Blanca, a la que tanto quiero.

GREMIO.-Lo mismo digo, y mis actos lo probarán.

GRUMIO. (Aparte.)-Y sobre todo sus sacos bien repletos.

HORTENSIO.-No es éste el momento, señor Gremio, de dar al viento vuestro amor. Por el contrario, escuchadme y hablando razonablemente, os diré algo muy bueno para los dos. Ved aquí un hidalgo al que he hallado por casualidad, y con el que tras haber conversado amigablemente, hemos llegado a un acuerdo: está dispuesto a hacer la corte a Catalina la maldita, e incluso a casarse con ella si la dote le conviene.

GREMIO.-Si lo que hasta ahora sólo es un dicho llega a ser un hecho, todo iría de maravilla. Pero ¿le habéis informado, Hortensio, de los defectos de la hermosa?

PETRUCHIO.-Sé que es una joven insoportable, escandalosa y querelladora.

Por supuesto, señores, si no es sino esto, no veo en ello nada de alarmante.

GREMIO.-¿Nada decís, amigo mío? ¿De dónde sois?

PETRUCHIO.-Verona fue mi cuna y el anciano Antonio mi padre. Este muerto, viva en cambio y a mi servicio está mi fortuna, y mi esperanza: que ella me haga vivir a mí largos y felices días aún.

GREMIO.-Es que con semejante mujer, señor mío, sorprendente sería que alcanzaseis tal vida. Pero si tenéis estómago para ello, ¡adelante y que Dios os ayude! En cuanto a mí, contad que os prestaré apoyo en todo. . . Pero ¿en verdad estáis dispuesto a intentar la conquista de ese gato montés?

PETRUCHIO.-Tan seguro como que estoy vivo.

GRUMIO.-¿Que si le hace el amor? ¡No se lo ha de hacer! Que me ahorquen si no cumple lo que promete.

PETRUCHIO.-¿Para qué he venido aquí sino con este objeto? ¿Creéis que un poco de escándalo pueda espantar mis oídos? ¿Es que no he oído durante mi vida rugir a leones? ¿No he escuchado el mar hinchado por los vientos bramar como jabalí furioso cubierto de espuma? ¿No he oído el tronar de los grandes cañones de campaña, y en las nubes artillería del cielo, o en lo más fuerte de la batalla las alarmas espantosas, los corceles relinchar y el agrio clamor de las trompetas? ¿Y tras todo ello venir a hablarme de la lengua de una mujer, que no llega a hacer el ruido que hace una castaña que crepita al asarse en el hogar de un campesino? ¡Bah, bah!, guardad vuestro coco para los niños.

GRUMIO.-¿Quién dijo miedo a mi amo?

GREMIO.-Me parece, Hortensio, que este hidalgo ha caído lo que se dice del cielo, tanto para él como para nosotros.

HORTENSIO.-Le he prometido que tomaríamos parte ambos, vos y yo, en cuanto gaste cortejándola, sea la cantidad que sea.

GREMIO.-¡Aceptado! Por supuesto, con tal de que se haga aceptar.

LibrosEnRed

GRUMIO.-¡Que no tuviese yo tan segura una buena comilona! (Entra Tranio ricamente vestido, seguido de Biondello.)

TRANIO.-Caballeros, ¡Dios os guarde! Dispensad mi atrevimiento, y decidme, os lo ruego, cuál es el camino más corto para ir a casa del señor Bautista Minola.

BIONDELLO.-¿El que tiene dos lindas hijas? ¿No es por él por quien preguntáis?

TRANIO.-Por él, exactamente, Biondello.

GREMIO.-Decidme, caballero... ¿Venís acaso por ver la...?

TRANIO.-La y el quizá, caballero. ¿Tenéis algo que oponer a ello?

PETRUCHIO.-En todo caso, no por la querelladora, ¿verdad?

TRANIO.-No me gustan las querellas, caballero. Partamos, Biondello.

LUCENTIO. (Aparte).-Buen principio, Tranio.

HORTENSIO.-Una palabra, caballero, antes de que os marchéis. ¿Pretendéis la mano de la joven a que os referís, sí o no?

TRANIO.-Y si tal ocurriese, señor mío, ¿sería un crimen?

GREMIO.-No. Sobre todo si os largaseis excusando ya toda palabra.

TRANIO.-¡Cómo, caballero! ¿Acaso la calle no es libre para todo el mundo?

GREMIO.-La calle, sí; la joven, no.

TRANIO.-¿La razón, si hacéis el favor?

GREMIO.-Si queréis saberla, hela aquí: porque es la bienamada del caballero Gremio.

HORTENSIO.-Sobre ser la que el caballero Hortensio ha escogido.

TRANIO.-Despacio, señores. Si sois hidalgos, hacedme el favor de escucharme con paciencia, pues a ello tengo derecho. Bautista es un caballero a quien mi padre no es enteramente desconocido; en cuanto a su hija, de ser aun más hermosa de lo que es, nada la impediría tener más pretendientes de los que ya tiene, y a mí entre ellos. Mil enamorados tuvo la hija de la

hermosa Leda; por consiguiente, bien puede Blanca tener uno más. Y le tendrá. Y éste será Lucentio, que espera ser el que triunfe, incluso si Paris mismo apareciese de repente.

GREMIO.-Pero, bueno, ¿es que este caballero va a cerramos a todos la boca?

LUCENTIO.-Pasadle la rienda, señor, y veréis qué poco avanza.

PETRUCHIO.-¿Para qué tantas palabras, Hortensio?

HORTENSIO.-Caballero, ¿me atrevería a preguntaros si habéis visto alguna vez a la hija de Bautista?

TRANIO.-No, señor mío; pero me han dicho que tiene dos: una tan conocida por su lengua disputadora como la otra por su modestia llena de gracia.

PETRUCHIO.-¡Alto ahí, caballero! La primera es para mí, no os ocupéis de ella.

GREMIO.-Sí, dejemos este trabajo al poderoso Hércules, dejémosle que eclipse los doce trabajos de Alcides.

PETRUCHIO.-Caballero, dignaos comprender lo que sigue: la pequeña, a la que vos aspiráis, su padre la ha sustraído a todos. No quiere prometerla a ninguno, sea quien fuere, antes de haber casado a la mayor. Sólo entonces la pequeña quedará libre, pero no antes.

TRANIO.-De ser así, caballero, y de ser vos el hombre que ha de hacemos tal servicio a todos, a mí como a los demás; si sois el hombre que debe romper el hielo; a quien incumbe la hazaña de conquistar a la mayor, dándonos con ello acceso a la pequeña, el que al fin tenga la dicha de poseer ésta no será tan perverso como para mostrarse ingrato.

HORTENSIO.-Bien habláis y bien pensáis, caballero. Y pues confesáis ser también de los pretendientes, debéis, como nosotros, estar agradecido a este hidalgo, a quien nosotros estamos asimismo s obligados.

TRANIO.-Podéis estar seguro de ello, señor mío. Y como prueba, os propongo que pasemos juntos la tarde bebiendo a la salud de nuestras amadas.

Es decir, haciendo como los abogados, que ante el juez luchan implacablemente, pero que luego comen y beben juntos como los mejores amigos del mundo.

LibrosEnRed

GRUMIO y BIONDELLO. (A un tiempo.) -¡Excelente proposición! Partamos, camaradas.

HORTENSIO.-La proposición es buena, en efecto. Aceptada, pues. Petruchio, eres mi invitado. (Sale.)

SEGUNDO ACTO

Escena única

Una cámara en casa de Bautista

(CATALINA, látigo en mano, amenaza con él a BLANCA, que está pegada a la pared con las manos atadas)

BLANCA.-Hermana querida, no me hagas ni te hagas a ti misma la injuria de tratarme como a una sirvienta o a una esclava. Desprecio tales actos. En cuanto a los perendengues, suéltame las manos y yo misma me los quitaré. Sí, me quitaré adornos y baratijas, e incluso el jubón si quieres. Todo cuanto me ordenes lo haré, pues bien sé cuales son mis deberes respecto a mi hermana mayor.

CATALINA.-Entre todos tus galanes, ¿a cuál prefieres? ¡Responde! ¡Te mando que respondas, y cuidado con mentir!

BLANCA.-Puedes creerme, hermana, que entre todos los hombres vivos no he encontrado una cara que me agrade particularmente más que otra.

CATALINA.- ¡Mientes, hipocrituela! ¿A que es Hortensio?

BLANCA.-Si sientes afecto hacia él, hermana mía, te juro que haré cuanto me sea posible para que lo consigas para ti.

CATALINA.-¡Ya! Sin duda lo que te atrae es la fortuna y por ello preferirías a Gremio, ¿verdad?, para que te mantuviese como una gran dama.

BLANCA.-¿Es a causa de él por lo que me detestas? Entonces bien veo que bromeas y que no has hecho hasta ahora sino bromear. Pero suéltame las manos, Lina, te lo ruego.

CATALINA.-Si tal cosa te parece una broma, esto te lo parecerá también. (Le pega. Entra Bautista.)

BAUTISTA.- ¡Cómo! ¿Qué modales son ésos, hija mía? ¿De dónde nace tanta insolencia? Apártate de ella, Blanca. ¡Hijita querida! ¡Y la ha hecho llorar!... Vuelve, vuelve a tus labores sin ocuparte más de tu hermana. En

LibrosEnRed

cuanto a ti, ¡largo de aquí, pécora endemoniada! ¿Por qué hacerla sufrir, sabiendo que ella jamás te ha hecho a ti nada malo? ¿Es que alguna vez siquiera te contradijo con una palabra desagradable?

CATALINA.-¡Precisamente es su silencio lo que me insulta, y no dejaré de vengarme! (Se lanza sobre Blanca.)

BAUTISTA (deteniéndola).- ¿Aún? ¿Y ante mis propios ojos? Vete a tu cuarto, Blanca. (Blanca sale.)

CATALINA.-¡Claro! ¡Como que a mí no me podéis soportar! No hay duda. Vuestro tesoro es ella. Y, naturalmente, preciso es que tenga un marido. La queréis tanto a ella, que a mí cuanto me queda es bailar descalza el día de la boda y llevar manos al infierno... No, no me digáis nada. Me iré, sí; me tiraré al suelo y lloraré hasta que llegue el momento de mi venganza. (Sale.)

BAUTISTA.-¿Hubo jamás hombre más desdichado que yo? Pero ¿quién va? (Entran Gremio y Lucentio, éste vestido humildemente y transformado en CAMBIO, maestro de escuela, y tras ellos Petruchio, acompañado de Hortensio, que a su vez se ha cambiado en LICIO, maestro de música; y Tranio, que hace el papel de Lucentio, y que llega acompañado de su paje Biondello, que trae un laúd y varios libros.)

GREMIO.-Buenos días, vecino Bautista.

BAUTISTA.-Buenos días, vecino Gremio... Dios os guarde, señores.

PETRUCHIO.-Y a vos lo mismo, querido señor. Pero decidme, ¿no tenéis una hija, bella y virtuosa, que se llama Catalina?

BAUTISTA.-En efecto, tengo una hija llamada Catalina, caballero.

GREMIO. (A Petruchio.) -Sois demasiado brusco; poned un poco de tino.

PETRUCHIO.-Me juzgáis mal, señor Gremio; dejadme hacer. (A Bautista.) Yo, señor mío, soy un hidalgo de Verona que habiendo oído hablar de vuestra hija: de su hermosura, de su talento, de su afabilidad, de su púdica modestia; en fin, de sus maravillosas cualidades y de su carácter encantador, me he tomado la libertad de venir a vuestra casa sin más cumplidos con objeto de que mis ojos sean testigos de lo que tantas veces he oído alabar. Y como pago, y con objeto de merecer vuestra acogida, os presento a uno de mis servidores (señalando, a Hortensio), muy versado en música

LibrosEnRed

y matemáticas, que podría dar a vuestra hija un conocimiento perfecto de estas artes o acabar de hacerlo, pues bien sé que no es ignorante en ellas. Aceptadle, pues, os lo ruego, si no queréis hacerme una afrenta. Su nombre es Licio; su patria, Mantua.

BAUTISTA.-Sed bien venido, caballero, y él, puesto que con vos llega. En cuanto a mi hija Catalina, demasiado sé que no es lo que necesitáis, bien que mucho lo deplore.

PETRUCHIO.-Paréceme comprender que no queréis separaros de ella. A no ser que ocurra que mi persona no os agrada.

BAUTISTA.-No os equivoquéis respecto a lo que pienso. Lo que hago es decir las cosas tal como son. ¿De dónde sois, caballero, y cómo debo llamaros?

PETRUCHIO.-Me llamo Petruchio, y soy hijo de Antonio, hombre bien conocido en toda Italia.

BAUTISTA.-Le conozco muy bien, sí, y en recuerdo de él, sed bienvenido.

GREMIO.-Un alto en vuestra historia, Petruchio, os lo ruego, y permitid que hablemos nosotros también, pues que también tenemos una causa que defender.

Porque, ¡diablo, qué atrevido sois y qué prisa tenéis!

PETRUCHIO.-Excusadme señor Gremio, pero es que me gusta ir derecho a lo que busco.

GREMIO.-No lo dudo, pero es que tal vez maldigáis luego vuestra prisa.

(A Bautista.) Vecino, puesto que el regalo de este caballero os ha sido agradable, estoy seguro de ello, permitidme que os haga un amabilidad semejante, ya que por mi parte tanto os debo, ofreciéndoos a este joven sabio (señala decirlo a Lucentio) que ha estudiado mucho tiempo en Reims y que es tan versado en griego, latín y en otras lenguas como el otro en música y en matemáticas. Se llama Cambio. Os ruego, pues, que aceptéis sus servicios.

BAUTISTA.-Gracias mil, amigo Gremio. Sed bien venido, señor Cambio.

(Volviéndose hacia Tranio.) En cuanto a vos, noble señor, paréceme que sois extranjero. ¿Puedo tomarme la libertad de preguntaros el objeto de vuestra visita?

LibrosEnRed

TRANIO.-Sois vos, señor, quien habréis de perdonar mi libertad, pues extranjero, en efecto, en esta ciudad, me atrevo a pretender la mano de vuestra hija, la bella y virtuosa Blanca. Por supuesto, no ignoro vuestra firme resolución de casar antes a su hermana mayor, y cuanto pido como gracia especial es que una vez hayáis conocido mi nacimiento, no me concedáis peor trato que a los otros que asimismo la solicitan. Es decir, permiso para venir y la benevolencia que a ellos les otorgáis. Y para ayudar a la educación de vuestras hijas, me tomo la libertad de ofreceros este modesto instrumento y este paquete de librillos griegos y latinos. (Biondello se adelanta y le ofrece laúd y libros.) Poca cosa es, mas si vos los aceptáis, su valor será grande.

BAUTISTA.-¿Os llamáis Lucentio? ¿De dónde venís? Decídmelo, os lo ruego.

TRANIO.-De Pisa, caballero. Soy hijo de Vincentio.

BAUTISTA.-Vincentio es en Pisa un gran personaje. Le conozco muy bien de reputación. Por consiguiente, sed bienvenido. (A Hortensio.) Tomad ese laúd.

(A Vincentio.) Y vos ese paquete de libros. Vais a ver a vuestras alumnas al momento. ¡A ver! ¡Uno aquí! (Entra un criado.) Tú, pícaro, conduce a estos caballeros junto a mis hijas y diles a ambas que son sus profesores. Que les concedan la buena acogida que se merecen. (Sale el criado seguido de Hortensio y de Lucentio.) En cuanto a nosotros vamos a dar un paseo por el jardín y luego pasaremos a la mesa. Sois, ciertamente, los bien venidos y como tales os ruego a todos que os consideréis.

PETRUCHIO.-Señor Bautista, mi cuestión pide ser resuelta. Mis asuntos no me permiten venir todos los días a hacer la corte a vuestra hija. Puesto que habéis conocido a mi padre suficientemente, por él podéis conocerme a mí. Único heredero soy de sus tierras y bienes, que más bien he aumentado que disminuido. Por consiguiente, os ruego que me digáis qué dote obtendrá vuestra hija, si consigo obtener su amor.

BAUTISTA.-Luego de mi muerte, la mitad de mis tierras; e inmediatamente, veinte mil coronas.

PETRUCHIO.-Pues bien, a cambio de esta dote, si me sobrevive, yo le aseguraré, en calidad de viuda heredera, todas mis tierras y todas mis rentas. Por consiguiente, establezcamos el contrato con objeto de que por ambas partes sea respetado.

BAUTISTA.-De acuerdo. Pero cuando tengáis la cláusula esencial; quiero decir, el amor de mi hija; pues todo depende de ello.

PETRUCHIO.-¡Bah!, eso tenedlo por seguro. Pues he de deciros, mi querido padre, que si vuestra hija es imperiosa, yo autoritario. Y cuando dos fuegos violentos se encuentran, consumen el objeto que alimenta su furor. Algo de viento basta para transformar en un gran fuego otro pequeño; pero un huracán acaba con un incendio. Pues bien, yo seré para ella el huracán, y preciso será que ceda. Enérgico soy y no de esos enamorados con los que se juega como si fuesen chiquillos.

BAUTISTA.-¡Ojalá puedas casarte con ella, y cuanto antes mejor! En todo caso, acorázate contra las palabras desagradables.

PETRUCHIO.-A toda prueba soy, como las montañas que desafían los vientos, que nada pueden contra ellas pese a soplar eternamente. (Entra Hortensio con la cabeza partida.)

BAUTISTA.-¿Qué te pasa, amigo mío? ¿Por qué estás tan pálido?

HORTENSIO.-Si estoy pálido es, ¡de miedo!, os lo aseguro.

BAUTISTA.-¿Pues? ¿Es que quizá mi hija no es hábil en lo que a la música atañe?

HORTENSIO.-Creo que hará mucho mejor de cabo de vara. El hierro tal vez resiste entre sus manos más que un laúd.

BAUTISTA.-¡Cómo! ¿No puedes meterle el laúd en la cabeza?

HORTENSIO-No, a fe mía, es ella la que ha hecho entrar mi cabeza en el laúd. Le decía suavemente que se equivocaba de cuerda, y doblaba un poco su mano con objeto de que pusiera sus dedos debidamente, cuando acometida de un exceso de impaciencia diabólica, ha gritado: "¿Que no toco a vuestro gusto? ¡Pues ved, al menos si pego bien al mío!" Y diciendo esto me ha dado tan fuerte con el instrumento en la cabeza, que me le ha metido hasta el cuello. Durante unos instantes he quedado aturdido, sacando la cabeza por entre las astillas del laúd, cual hombre en la picota, mientras ella me llamaba rascacuerdas improvisado, insoportable atormentador de oídos, y veinte calificativos más, en modo alguno agradables. Pero tan ágilmente lanzados que diríase que había tomado lecciones de injurias para poder mejor insultarme.

PETRUCHIO.-He aquí, ¡por el diablo!, lo que se dice una mujer de nervio.

LibrosEnRed

Diez veces más que la amaba la amo ahora a causa de ello. Nadie puede imaginarse la impaciencia que tengo por entendérmelas con ella.

BAUTISTA.-Ea, venid conmigo y no tengáis ese aire tan lastimero. Vais a continuar vuestras lecciones con mi hija pequeña que, sobre tener excelentes disposiciones, es sumamente agradecida por cuanto se hace en su favor. En cuanto a vos, señor Petruchio, ¿queréis venir con nosotros o preferís que os envíe a mi hija Catalina?

PETRUCHIO.-Enviádmela, sí, os lo ruego. Aquí la espero. (Salen todos menos él.) En cuanto llegue le voy a hacer la corte como es debido. Como le conviene. Que empieza a vociferar, le diré tranquilamente que su voz es tan dulce como la del ruiseñor. Que frunce el entrecejo; le aseguraré que su cara es tan tersa como las rosas matinales empapadas de rocío. Que, por el contrario, se obstina en permanecer muda; entonces alabaré su hablar voluble y su incomparable elocuencia. Que me dice que tome la puerta; le daré mil gracias, cual si oyera que no me fuese de su lado en toda una semana. Que se niega a casarse conmigo; le preguntaré amorosamente qué día hay que publicar las amonestaciones y cuál ir a la iglesia. Pero aquí llega; tú tienes la palabra,

Petruchio. (Entra Catalina.) Buenos días, Lina. Pues tal es vuestro nombre, según he oído decir, ¿no?

CATALINA.-Sordo no sois, pero sí, sin duda, duro de oídos, porque los que hablan de mí me llama Catalina.

PETRUCHIO.-Mentís, no hay duda. Os llaman Lina, ni más ni menos; la buena Lina; o bien, a veces, Lina, la maldita. Pero Lina, la más encantadora Lina de la cristiandad, Lina, apetitosa como una exquisita golosina. Lina, la deliciosa, pues decir Lina es como decir golosina. Y he aquí por qué, Lina de mi corazón, quiero que escuches lo que tengo que decirte. Habiendo oído en toda las ciudades que he atravesado alabar tu dulzura, celebrar tus virtudes y proclamar tu hermosura, por cierto, que mucho menos todo de lo que mereces, me he sentido inclinado a buscarte para hacer de ti mi esposa.

CATALINA.-¿Inclinado? ¡Qué te parece! Pues bien; que el que os ha inclinado que os enderece. Nada, más veros he comprendido que erais algo que se inclina, se endereza, se maneja... Vamos, ¡un mueble!

PETRUCHIO.- ¡Magnífico! Pero ¿qué es un mueble?

CATALINA.- Digamos un taburete.

LibrosEnRed

PETRUCHIO.-¡Exacto! Ven, pues, a sentarte sobre mí, Lina.

CATALINA.-Quisierais llevarme, ¿verdad? No me extraña; para llevar se han hecho los asnos.

PETRUCHIO.-Habiendo sido hechas las mujeres para llevar también (hace señas refiriéndose al embarazo), aplícate lo mismo.

CATALINA.-Si yo tuviese que llevar y soportar, jamás sería a un mostrenco de vuestra especie.

PETRUCHIO.-¡Mi dulce Lina! ¿No sabes que me esforzaré en no ser para ti una carga pesada, sabiéndote tan joven, tan frágil...?

CATALINA.-Demasiado frágil y ligera, bien que pese lo suficiente, como para que un patán como vos no pueda cargar conmigo.

PETRUCHIO.-Eso lo veremos bien, tanto más cuanto que veo te ciernes a maravilla.

CATALINA.-¿Cernir? No está mal para haberlo dicho un cernícalo.

PETRUCHIO.-E1 cernícalo te cogerá, ¡tortolilla de vuelo lento!

CATALINA.-La tortolilla tendrá con vos para un bocado, cual si fuerais un abejorro.

PETRUCHIO.- ¡Hola, hola, avispilla querida! Eres muy rabiosa.

CATALINA.-Si soy avispa, ¡cuidado con el aguijón!

PETRUCHIO.-E1 remedio es fácil; se le arranca y en paz.

CATALINA.-Los idiotas no saben dónde está.

PETRUCHIO.-¿Quién ignora dónde tienen las avispas el aguijón? ¡En la cola!

CATALINA.-En la lengua.

PETRUCHIO.-¿En la lengua de quién?

CATALINA.-En la vuestra, que habla sin ton ni son. Adiós. (Hace ademán como para irse.)

PETRUCHIO.-Ea, Lina, no te vayas. (La coge entre sus brazos.) Lina querida, yo soy un hidalgo.

CATALINA.-Es lo que voy a ver. (Le da un soplamocos.)

LibrosEnRed

PETRUCHIO.-Hazlo otra vez y por quien soy que te ganas un par de bofetadas.

CATALINA.-Entonces perderíais vuestros escudos. Si pegáis a una mujer, no sois hidalgo; y si no sois hidalgo, ¡adiós blasones!

PETRUCHIO.-¡Hola! Te nombro mi reina de armas. Puedes inscribirme en tu registro.

CATALINA.-¿Cuál es vuestra cimera? ¿La cresta de un gallo?

PETRUCHIO.- Un gallo sin cresta si Lina llega a ser mi gallina.

CATALINA.- No os quiero como gallo cantáis como un capón.

PETRUCHIO.- Ea, Lina, ¿a qué tanto vinagre?

CATALINA.-No puedo evitarlo en cuanto me acerco a un pepinillo.

PETRUCHIO.-No habiendo pepinillo aquí, no hay necesidad de vinagre.

CATALINA.-¡Ya lo creo que lo hay! Os aseguro que hay uno.

PETRUCHIO.-Entonces, enséñamelo.

CATALINA.-Si tuviese un espejo, le veríais al punto.

PETRUCHIO.-¡Cómo! ¿Te refieres a mi cara?

CATALINA.-(Luchando por salir de sus brazos.) ¡Cómo lo ha comprendido pese a sus pocos años!

PETRUCHIO.-¡Por San Jorge!, bien veo que soy demasiado joven para ti.

CATALINA.-Nadie lo diría, viendo vuestras arrugas.

PETRUCHIO-¡Pesan sobre mí tantos cuidados!

CATALINA.-(Debatiéndose siempre.) Cosa que a mí me tiene perfectamente sin cuidado.

PETRUCHIO.-Ea, escúchame, Lina. .. Inútil todo forcejeo, no me escaparás.

CATALINA.-¡Si no me soltáis os arranco los ojos! ... ¡Dejadme marchar! (Se debate con violencia, le muerde y le araña mientras habla.)

PETRUCHIO.-Por nada del mundo. Te encuentro adorable. Me habían dicho que eras brusca, tristona, desagradable, y veo que todo ello era pura

mentira. Eres, por el contrario, deliciosa, alegre, amable como ninguna. Tu lengua es un poco tarda, cierto, pero dulce y suave como una flor primaveral. Incapaz eres de fruncir el ceño, ni de mirar de través y mucho menos de morderte los labios como hacen las muchachas cuando se llenan de cólera. En vez de complacerte en contradecir, acoges a quienes, como yo, te adoran, con palabras amables y gratas y sonrisas encantadoras. Además, ¿por qué se empeña todo el mundo en que Lina cojea de un pie? (La suelta.) ¡Oh mundo calumniador! Lina es derecha como vara de avellano; su tinte moreno, como las propias avellanas maduras y mucho más agradable aún que ellas. Anda, anda un poco, lucero, para que yo te vea y esté seguro de que no cojeas.

CATALINA.-Vete a dar órdenes a tus servidores, ¡imbécil!

PETRUCHIO.-¡Jamás Diana alguna embelleció el bosque como Lina esta cámara con su andar de princesa! O sé Diana, o que Diana se tome Lina. Y que entonces Lina sea casta y Diana locuela.

CATALINA.-¿Dónde has aprendido tan linda palabrería?

PETRUCHIO.-Acuden a mí espontáneamente desde el fondo, madre de mi espíritu.

CATALINA.-Poco espíritu debe de tener tal madre cuando tan menguado muéstrase el hijo.

PETRUCHIO.-¿No tienen ingenio, calor, mis palabras?

CATALINA.-Apenas para que no te enfríes.

PETRUCHIO.-¡Pardiez!, más caliente estaré en tu cama, adorable Lina. ¡Allí, allí es donde quiero calentarme! Conque dejemos aparte toda palabrería y hablemos claro. Tu padre consiente en que seas mi mujer. Ya nos hemos puesto de acuerdo sobre la dote y quieras o no quieras, me casaré contigo. Y créeme, Lina, que yo soy el marido que te hace falta. Pues por esta luz que se recrea alumbrando tu hermosura, que no te casarás con otro hombre que conmigo. Porque yo he nacido, para domarte, Lina, y para transformarte, mi gatita salvaje, en una Lina dócil como son todas las demás Linas que tienen un hogar... Aquí llega tu padre; ¡cuidado con desmentirme! Quiero a Catalina por mujer, ¡y la tendré! (Entran Bautista, Gremio y Tranio.)

BAUTISTA.-Y bien, señor Petruchio, ¿cómo va vuestro asunto con mi hija?

LibrosEnRed

PETRUCHIO.-Del mejor modo, caballero. ¿Podríais dudarlo? Imposible era que no quedase vencedor.

BAUTISTA.-¿Y tú, Catalina, hija mía? ¿De mal humor, como siempre?

CATALINA.-¿Y tenéis aún la audacia de llamarme vuestra hija? De veras que me dais una hermosa prueba de ternura queriendo casarme con un medio chiflado, con un bárbaro feroz, que jura como un demonio y que cree poder conseguir lo que le place a fuerza de audacia y de blasfemias.

PETRUCHIO.-Mi querido padre, he aquí los hechos: vos, así como cuantos hablan de ella, lo hacen a tontas y a locas. Si a veces se muestra huraña, por pura cortesía es; pues, lejos de ser arrogante, es modesta como una paloma; lejos de ser violenta y encendida, apacible y fresca como el aire de la mañana. En cuanto a paciencia, es una segunda Griselda, y en lo que a castidad atañe, una Lucrecia romana. En una palabra, nos entendemos tan bien que nos casaremos el próximo domingo.

CATALINA.-¡Preferiría verte ahorcado el sábado!

GREMIO.-¿Oís, Petruchio, que prefiere ver cómo os cuelgan?

TRANIO.-¿Es así como triunfáis? ¡Adiós nuestras esperanzas!

PETRUCHIO-Paciencia, caballeros. Quien la escoge soy yo. Y si ella y yo estamos contentos, ¿qué le importa a nadie? Hemos convenido, cuando estábamos solos, que ella continuaría siendo hosca mientras estuviese acompañada. Por lo demás, justo es que os diga que me ama de un modo inimaginable. ¡Oh, dulcísima Lina mía! ¡Cómo se me colgaba al cuello y cómo me prodigaba beso tras beso, promesa tras promesa! De tal modo que, en un abrir y cerrar de ojos, me ha hecho compartir su amor. Pero ¿qué sabéis vosotros, pobres novicios, de esto? Prodigioso es ver cómo un hombre y una mujer, a solas, él, el más chorlito e infeliz de los mortales, puede suavizar a la más indomable tarasca. Dame tu mano, Lina. A Venecia me voy a comprar el ajuar necesario para la boda. Preparad el festín, mi querido padre, e invitad a cuantos deban acudir. Sí, seguro quiero estar, encargándome de todo, que mi Catalina resplandecerá, de hermosura.

BAUTISTA.-Yo, la verdad, no sé qué decir. Dadme los dos la mano. ¡Dios te bendiga, Petruchio! Asunto terminado, pues.

GREMIO y TRANIO.-Amén. Seremos vuestros testigos.

PETRUCHIO.-Padre, esposa, amigos, adiós. A Venecia me voy. El domingo llegará pronto. Tendremos sortijas, joyas, ¡trajes magníficos! Dame un

beso, Lina. (La coge entre sus brazos y la besa. Ella se arranca y escapa fuera de la cámara, mientras que él sale por otra puerta.)

GREMIO.-¿Viose jamás matrimonio alguno tan pronto zanjado?

BAUTISTA.-A fe mía, señores, que represento el papel de un mercader que se aventura, a ojos cerrados, en un negocio desesperado.

TRANIO.-Era una mercancía que en vuestra casa se deterioraba. Ahora, de no perderse en la travesía, obtendréis beneficio.

BAUTISTA.-Yo no busco otro beneficio en este asunto que tranquilidad.

GREMIO.-En cuanto a él, sí que a fuerza de tranquilidad va a conseguir una buena dote. Pero ahora, Bautista, hablemos de la pequeña. He aquí, llegado al fin, el día que tanto esperábamos. No olvidéis que yo soy vuestro vecino y su primer pretendiente.

TRANIO.-Y yo soy aquel a quien Blanca ama como no haya palabras para expresarlo, ni vuestro pensamiento puede concebir.

GREMIO.-Jovenzuelo, incapaz de amar tan tiernamente como yo.

TRANIO.-Barbagris, vuestro amor es hielo puro.

GREMIO.-El vuestro achicharra, en cambio. Atrás, mequetrefe. Sólo la edad madura da buenos frutos.

TRANIO.-A los ojos de las bellas lo que florece es la juventud.

BAUTISTA.-Calma, señores; yo arreglaré la querella. El premio será concedido, no a las palabras, sino a los actos. Aquel de vosotros que asegure a mi hija una dote más fuerte, tendrá el amor de Blanca... Hablad, señor Gremio. ¿Qué podéis garantizarle?

GREMIO.-Ante todo, y como bien lo sabéis, mi casa, aquí, en la ciudad, está abundantemente provista en vajillas de oro y de plata; de aljofainas y de jarras para que pueda lavar sus delicadas manos. Mis cortinas son todas de tapicería de Tiro. Mis escudos, apilados están en cofres de marfil. Y en armarios de ciprés almacenadas colchas de Arras, trajes suntuosos, colgaduras, tapices preciosos, ropa fina, almohadones de Turquía bordados con perlas, baldaquines de Venecia, hechos a aguja y recamados de oro, servicios en estaño y en cobre y todo cuanto es necesario en una casa y a un matrimonio. Además, en mi granja tengo cien vacas lecheras, ciento veinte bueyes grasos en el establo y todo lo demás en proporción... En cuanto a

LibrosEnRed

mí, yo ya no soy joven, lo confieso, pero si muero mañana, todo lo dicho será para ella, con tal de que ella quiera ser para mí solo, mientras tenga vida.

TRANIO.-Este "para mí solo" está bien dicho. Por mi parte, señor, escuchadme. Yo soy hijo único, y heredero, por consiguiente, de mi padre. Si consigo tener a vuestra hija como mujer, le legaré tres o cuatro casas no menos bellas que las del señor Gremio, situadas dentro de los muros de la opulenta Pisa; es decir, que la que éste tiene en Padua. Sin contar una renta anual de 2,000 ducados, asegurados sobre buenas tierras, que serán su viudedad. Creo, señor Gremio, que estáis cogido.

GREMIO.-(Para sí.) ¿Una renta anual de 2,000 ducados garantizada con tierras? Todos mis inmuebles no llegan a tanto. (En voz alta.) Además de todo lo dicho, para ella será una carraca que ahora está anclada en la rada de Marsella. ¿Qué? Esta carraca os ha cortado el resuello, ¿verdad?
TRANIO.-Todo, el mundo sabe, señor Gremio, que mi padre no tiene menos de tres grandes carracas, más dos galazas y doce hermosas galeras. Que aseguro a Blanca. Más el doble de cuanto vos ofrezcáis sea lo que sea.

GREMIO.-Yo he ofrecido ya todo. Ni más tengo, ni más puedo darle de aquello que poseo. Si os convengo, Bautista, tendrá mi persona y mis bienes.

TRANIO.-En este caso y de acuerdo con vuestra promesa formal, para mí es vuestra hija con exclusión de todo otro. El señor Gremio ha quedado eliminado.

BAUTISTA.-Debo convenir en que vuestra oferta es la más hermosa. Si vuestro padre responde de ella, mi hija será para vos. Y digo aún, excusadme, si llegaseis a morir antes que él, ¿cuál sería la viudedad de mi hija?

TRANIO.-Eso no pasa de una sutileza ingrata; mi padre es viejo y yo soy joven.

GREMIO.-¿Es que los jóvenes no pueden morir lo mismo que los viejos?

BAUTISTA.-Pues, bien, señores, he aquí lo que he resuelto en definitiva: el domingo próximo, sabéis, mi hija Catalina se casa. Si me dais la garantía de vuestro padre, Blanca será vuestra al domingo siguiente; si no, lo será del señor Gremio. Y tras ello, permitidme que me retire tras haberos dado las gracias a ambos. (Sale.)

GREMIO.-Adiós, mi querido vecino. Y ahora ya no temo nada. En verdad, joven trapacero que vuestro padre sería bien inocente si os diese cuanto

LibrosEnRed

tiene, quedándose sometido a vivir a vuestra costa lo que le quede de vida. Y, ¡bah!, todo lo demás es puro cuento de niños. Un viejo zorro italiano no es tan bobalicón como para hacer tales cosas, hijo mío. (Sale a su vez.)

TRANIO.-¡Maldita sea tu piel, no menos vieja y ajada! En cuanto a mí, ¡pardiez!, he echado en el juego todos mis triunfos. Se me había metido en la cabeza hace ganar a mi amo. Y como sigo con la idea, no sé por qué un falso Lucentio no tendría un falso padre llamado... supongamos Vincentio. Lo que sería un prodigio; pues de ordinario son los padres los que hacen los hijos, mientras en esta historia de matrimonio, es un hijo, si mi ardid triunfa, el que va a engendrar a su padre (Sale.)

LibrosEnRed

TERCER ACTO

Primera escena

En Padua, en la casa de Bautista

(En la cámara de BLANCA, que está sentada junto a HORTENSIO, disfrazado o transformado en Licio. LUCENTIO [Cambio], de pie y un poco separado. HORTENSIO coge la mano de BLANCA para enseñarle a poner los dedos en el laúd)

LUCENTIO.-(Interviniendo.) ¡Eh, señor músico! Diríase que os tomáis demasiadas libertades. ¿Habéis olvidado acaso la encantadora acogida que os hizo su hermana Catalina?

HORTENSIO.-Es que ahora, señor pedante escandaloso, estoy con la dama protectora de la celestial armonía. Permitidme, pues, usar de mi prerrogativa, y cuando hayamos consagrado una hora a la música os tomaréis vos un tiempo igual para vuestras lecturas.

LUCENTIO.-¡He aquí un asno tan ignorante que ni sabe con qué fin fue creada la música! ¿Acaso no fue hecha para refrescar el espíritu del hombre tras sus estudios y trabajos habituales? Dejadme, pues, el placer de enseñarla algo de filosofía, y en las pausas que yo haga la emprenderéis con vuestra armonía.

HORTENSIO.-(Levantándose.) ¿Es que creéis que voy a soportar vuestras bravatas, bellaco?

BLANCA.-¡Basta, señores! Ambos me ofendéis querellándoos por algo cuya elección de mí sola depende. Yo no soy un escolar al que se puede amenazar con el látigo, ni quiero estar sometida al que se me impongan tales lecciones para tal hora del día, ni el tiempo que han de durar; sino que quiero arreglar yo misma estas cuestiones como me plazca. Por consiguiente cortemos esta querella sentándonos aquí, y vos, tomad vuestro instrumento y tocad mientras él me enseña. Su lección habrá terminado antes de que hayáis afinado vuestro laúd.

HORTENSIO.-¿Dejaréis su lección cuando esté ya afinado?

LibrosEnRed

LUCENTIO.-Ello querría decir ¡nunca! entonces. ¡Hala, afinad vuestro instrumento ! (Hortensio se retira; Blanca y Lucentio se sientan.)

BLANCA-¿Dónde habíamos quedado?

LUCENTIO.-Aquí, señora.

"Hic ibat Simois, hic est Sigela tellus;

Hic steterat Priami regia celsa senis".

BLANCA.-Traducid.

LUCENTIO.- "Hic ibat", como ya os he dicho; "Simois" soy Lucentio; "hic est", el hijo de Vincentio, de Pisa; "Sigela tellus", disfrazado de este modo para conseguir vuestro amor: "hic steterat", y el Lucentio que se ha presentado como uno más de vuestros pretendientes; "Priami", es mi criado Tranio; "regia", que ha tomado mi puesto; "celsa cenis", con objeto de engañar al viejo Pantalón.

HORTENSIO.-Señora, mi instrumento está ya afinado.

BLANCA.-Que yo le oiga. (Hortensio toca.) ¡Qué horror! Los altos desafinan.

LUCENTIO.-Escupa por el colmillo el amigo y vuelva a afinar. (Hortensio se retira de nuevo.)

BLANCA.-Veamos ahora si yo soy capaz a mi vez de traducir:

"Hic ibat Simois", no os conozco; "hic est Sigela tellus", y no puedo confiar en lo que decís; "hic steterat Priami", tened cuidado no vaya a oímos; "celsa senis" y no desesperéis.

HORTENSIO.-(Volviendo.) Ahora,

HORTENSIO.-(Volviendo.) Ahora, señora, está afinado.

LUCENTIO.-¿Los bajos también?

HORTENSIO.-Los bajos están a tono (Aparte.) El que desentona, pícaro, eres tú. ¡Qué ardiente y qué audaz se está volviendo este pedagogo! Que me cuelguen si el bribón no hace la corte a mi amada. Será preciso que vigile a este maldito pedantucho. (Se desliza detrás de ellos.)

LibrosEnRed

BLANCA.-Con el tiempo llegaré a creeros; por el momento, desconfío.

LUCENTIO.-No dudéis... (dándose cuenta de que está allí Hortensio), pues es cierto que Eacidas designa a Aiax, llamado así a causa de su abuelo.

BLANCA.- (Levantándose.) Naturalmente debo creer a mi maestro, de otro modo, os aseguro que continuaría argumentando sobre este punto dudoso. Pero quedemos aquí. A vos ahora, Licio. Queridos maestros, si he bromeado un poco con los dos no lo toméis, os lo ruego, en mal sentida.

HORTENSIO.-(A Lucentio.) Podéis iros a dar una vuelta y dejarme libre un momento. Mis lecciones no son un coro a tres voces.

LUCENTIO.-¿Tan formalista sois, señor mío? Bien, me retiraré... (Aparte.) Pero sin dejar de vigilar, pues o mucho me equivoco o el soplaflautas este se está enamorando. (Se aparta un poco. Blanca y Hortensio se sientan.)

HORTENSIO.-Señora, antes de que toquéis el instrumento debo enseñaros, lo primero, cómo hay que poner los dedos. Y para ello, empezar por los rudimentos de este arte. La gama os la enseñaré mediante un método corto y agradable; más seguro y más eficaz que todos los métodos empleados por mis colegas. Vedle aquí en este papel, dispuesto del modo más conveniente.

BLANCA.-Pero la gama ya hace mucho tiempo que la he pasado.

HORTENSIO.-Leed, no obstante, la de Hortensio.

BLANCA.- (Leyendo.)

"Gama de do", yo soy la base de todo acuerdo.

"A re", yo vengo a abogar por la pasión de Hortensio.

"B mi", Blanca, tomadle por esposo.

"C fa", pues os ama con todo su corazón.

"D sol, re", tengo dos notas para una sola llave.

"E la, mi", tened piedad de mí o muero.

¿Y a esto llamáis una gama ¡Bah!, no me gusta nada. Prefiero los métodos antiguos. No soy tan caprichosa como para ir a cambiar las antiguas reglas contra invenciones extrañas. (Entra un criado.)

EL CRIADO.-Señora, vuestro padre os ruega dejéis vuestra lección con objeto de que le ayudéis a decorar el cuarto de vuestra hermana. Ya sabéis que mañana es el día de su boda.

BLANCA.-Hasta la vista, mis queridos maestros, no tengo más remedio que dejaros. (Sale seguida del criado.)

LUCENTIO.-En este caso, señora nada tengo que hacer aquí. (Sale a su vez.)

HORTENSIO.-En cuanto a mí, bien haré en vigilar a este pedagogo. Tiene todo el aire, todo, de estar enamorado... Por tu parte, Blanca si tus gustos son tan bajos como para llevar tus ojos hacia el primero que se presente, que se case contigo el que quiera. Si tu corazón es tan ligero, yo cambiaré también de amor para no ser menos que tú.

Segunda escena

Padua. Una plaza. Delante de la casa de Bautista

(Entran BAUTISTA, GREMIO, TRANIO [haciendo siempre de Lucentio], LUCENTIO [haciendo de Cambio], CATALINA [vestida de novia], BLANCA y numerosos invitados)

BAUTISTA.-(A Tranio.) Señor Lucentio, hoy es el día fijado para el matrimonio de Catalina con Petruchio y henos aquí sin noticias de mi yerno. ¿Qué van a decir los invitados? ¿Qué irrisión no va a causar la ausencia del novio cuando el sacerdote llegue dispuesto a efectuar el enlace? ¿Qué os parece a vos, Lucentio, de esta alienta que sufrimos?

CATALINA.-No hay afrenta sino para mí. He aquí la consecuencia de obligarme a dar mi mano a un insensato, en contra de mi corazón. A un maleducado. A un impulsivo, que tras hacerme la corte a todo galope, luego no tiene prisa cuando llega el momento de casarse. Por lo tanto, bien os había yo dicho que era un disparatado, un loco, que bajo el manto de una ruda franqueza lo que ocultaba era una pura burla. Con tal de ser tenido por el más gracioso y festivo de los amigos, es de esos chuscos que no dudan en hacer la corte a mil mujeres, en fijar el día del matrimonio, en preparar un

LibrosEnRed

banquete, en invitar a sus amigos y en publicar amonestaciones. Todo ello sin la menor intención de desposar a la que corteja. Y he aquí que ahora todo el mundo señalará con el dedo a la pobre Catalina diciendo: "¡Esa es la mujer del taravilla de Petruchio! Por supuesto, cuando le dé la ventolera de casarse con ella".

TRANIO.-Paciencia, querida Catalina. Paciencia, señor Bautista. Yo estoy seguro, por mi vida, de que Petruchio tiene buenas intenciones, sea cual sea la casualidad que le impida cumplir su palabra. Es brusco, pero sensato; alegre vividor, pero honrado.

CATALINA.-¡Ojalá no le hubiese yo visto jamás! (Va hacia la casa, llorando, seguida de Blanca y de los invitados.)

BAUTISTA.-Anda, hija mía, anda. Esta vez no puedo censurar tus lágrimas.

Tal afrenta indignaría a una santa misma. Mucho más, claro, a una muchacha tan dada al arrebato y a la impaciencia como tú. (Llega Biondello corriendo.)

BIONDELLO.-¡Amo, amo! ¡Una noticia! ¡Una nueva vieja! La nueva más vieja que jamás hayáis oído!

BAUTISTA.-¿Una nueva vieja? ¿Cómo es posible tal cosa?

BIONDELLO.-¿No es una nueva anunciaros que Petruchio llega?

BAUTISTA.-¿Ha llegado?

BIONDELLO.-No, señor.

BAUTISTA.-¿Qué es lo que dices entonces?

BIONDELLO.-Que llega.

BAUTISTA.-¿Y cuándo estará aquí?

BIONDELLO.-Cuando esté donde yo estoy y os vea como yo os veo.

TRANIO.-Pero, vamos a ver, ¿cuál es la nueva vieja entonces?

BIONDELLO.-Pues bien, mi amo: Petruchio llega con un sombrero nuevo y un jubón viejo. Pantalones también viejos, vueltos ya tres veces, y un par de botas que han servido de caja a los cabos de vela. De ellas, una va sujeta con una hebilla; la otra con un lazo. Al cinto, una antigua espada toda oxidada, tomada a préstamo en el arsenal de la ciudad; con la em-

LibrosEnRed

puñadura rota y la vaina agujereada por abajo; cierto que los hierros de la cruz partidos en dos. Su caballo, que cojea de la cadena, se adorna con una silla carcomida cuyos estribos están descabalados. Sin contar que el pobre animal es víctima del muermo, gracias a lo cual sus narices no dejan de fluir; amén de sufrir de tolanos infestados de lamparones; además de estar acribillado a fuerza de espolonazos, abatido un tanto por la ictericia y cubierto de adivas incurables. Y claro, cual suele ocurrir, aturdido por los vértigos; si que comido de reznos. Por el contrario, tiene todo el espinazo despeado, las costillas dislocadas y de las manos delanteras es patizambo. Por suerte suya, al bocado que trae le falta la mitad, y como cabezada, una piel de carnero, que a fuerza de haber sido estirada para impedirle que se moviera demasiado se ha roto más de una vez, por lo que ha habido que reajustarla a fuerza de nudos. También la cincha ha sido remendada seis veces. En cambio, le avalora una grupera, de terciopelo, para mujer, con dos iniciales perfectamente marcadas con clavos y apañada aquí y allá, pero con buena cuerda.

BAUTISTA.-¿Y quién viene con él?

BIONDELLO.-Su lacayo, señor. Su lacayo, engalanado en armonía con el caballo. Es decir, con una media de hilo en una pierna y una calza de lana gruesa en la otra. Como ligas, un cordón rojo en una y otro azul en la otra. En la cabeza, un sombrero que fue nuevo tal vez. Cierto que a guisa de pluma se adorna con un penacho de lo menos cuarenta cincuentas. En cuanto al traje, hay que decirlo, ¡es algo verdaderamente monstruoso! De tal modo, que ni aire tiene de paje cristiano, ni de lacayo de hidalgo.

TRANIO.-Sin duda le ha cogido el capricho extraño de presentarse así. A veces se le ocurre, en efecto, la idea de salir pobremente vestido.

BAUTISTA.-De todas maneras, venga como venga, con tal de que venga, será para mi él bienvenido.

BIONDELLO.-Pero es que, señor, no viene.

BAUTISTA.-¿Pero no has dicho que venia?

BIONDELLO.-¿Quién? Petruchio?

BAUTISTA.-Si, que Petruchio venia.

BIONDELLO.-No, caballero; lo que yo he dicho era que su caballo venía trayéndole encima.

BAUTISTA.-Pues bien, es todo uno.

LibrosEnRed

BIONDELLO.-¡Ay, que no, por San Jamy! Yo dos cobres apuesto que un caballo y un hombre más de uno son, cierto. Sin ser varios, no obstante, como también sostengo.

(Petruchio y Grumio, vestidos de cualquier manera, cual Biondello les ha descrito, entran súbitamente.)

PETRUCHIO.-¡Vamos a ver! ¿Dónde están los amigos? ¿Quién en hay esta casa?

BAUTISTA-Sed bienvenido, caballero.

PETRUCHIO.-¿Aunque no llegue mejor vestido? Pero cada uno se presenta como puede.

BAUTISTA-Menos mal que no cojeando aún.

TRANIO.-En todo caso, no tan bien vestido cual yo hubiera deseado.

PETRUCHIO.-¿No era mejor llegar, bien que fuese de este modo? Pero ¿dónde está Lina? ¿Dónde está mi encantadora novia? Y ¿cómo va mi querido padre? Pero diríase, señores míos, que estáis incomodados. ¿Por qué tan amable compañía arquea las cejas como ante un prodigio extraordinario cual un cometa o algún otro fenómeno inusitado?

BAUTISTA.-Porque, comprendedlo, hoy es el día fijado para vuestra boda y, claro, primero estábamos tristes pensando que no ibais a llegar. Y ahora lo estamos más aún viéndoos llegar de este modo. Ea, ea, despojaos de ese traje que avergüenza vuestra condición, sobre deshonrar una fiesta tan solemne como ésta.

TRANIO.-Y decidnos qué asunto importante os ha retenido tanto tiempo lejos de vuestra esposa y os hace llegar tan diferente de vos mismo.

PETRUCHIO.-Larga cosa seria de contar e ingrata de oír. Que os baste saber que aquí estoy, dispuesto a cumplir mi promesa. Si en algo me he apartado de lo que había dicho, ya me excusaré cuando tenga la ocasión necesaria para ello, y entonces quedaréis completamente satisfechos. Pero ¿dónde está Lina? Se me tiene demasiado tiempo alejado de ella. La mañana avanza y ya deberíamos estar en la iglesia.

TRANIO.-No se os ocurra presentaros delante de vuestra prometida tal cual vais vestido. Venid a mi cámara y yo os daré ropa mía.

PETRUCHIO.-Ni mucho menos, creedme. Al contrario, tal cual estoy voy a presentarme.

BAUTISTA.-Mas espero que no pretenderéis casaros con ella de este modo.

PETRUCHIO.-¿Y por qué no? ¡Tal cual estoy! No se hable más de ello. Es conmigo con quien se casa, no con mis vestidos. De poder renovar las fuerzas que ella agotará en mí tan fácilmente como podría cambiar de traje, Lina se alegraría mucho y yo aún más. Pero qué tonto soy charlando de este modo con vosotros en vez de correr a saludar a mi prometida y a sellar este dulce titulo con un beso de amor. (Sale seguido de Grumio.)

TRANIO.-No hay duda que ha venido como ha venido "ex profeso". Pero veamos de convencerle, si ello es posible, de que se vista mejor para ir a la iglesia.

BAUTISTA.-Corro tras él a ver en qué acaba todo esto. (Sale seguido de Gremio.)

TRANIO.-(A Lucentio.) Pero, señor, no hasta contar con el amor de Blanca, sino que es preciso tener asimismo el consentimiento del padre. Y para conseguir éste, cual ya he dicho a vuestra gracia, voy a valerme de un hombre. Quién sea este hombre, poco importa; lo esencial es enseñarle debidamente el papel que tiene que representar. Es decir, que habrá de hacerse pasar por Vincentio de Pisa y garantizar aquí en Padua una viudedad aún mucho más importante que la que yo he prometido. De este modo obtendréis sin esfuerzo lo que deseáis y podréis desposar a la dulce Blanca con el consentimiento de su padre.

LUCENTIO.-Si mi colega el profesor de música no vigilase como lo hace tan de cerca los pasos de Blanca, creo que lo mejor seria que nos casásemos en secreto. Una vez el matrimonio celebrado, habría el mundo entero de oponerse y yo sabría guardar mi tesoro frente a todo el universo.

TRANIO.-Ya veremos, sin precipitarnos, lo que más conviene realizar. Lo primero que hay que hacer es engañar a ese vejancón de Gremio; luego al padre, el receloso Bautista Minola; en fin, a ese músico astuto, el enamorado Licio. Y todo por afecto hacia Lucentio, mi amo... (Entra Gremio.) ¿Venís, señor Gremio, de la iglesia?

GREMIO.-¿Y tan alegre como de chico lo hacia de la escuela!

LibrosEnRed

TRANIO.-Y el novio y la novia, ¿vuelven a la casa?

GREMIO.-¿El novio decís? Mejor diríais diciendo un mozo de cuadra, un palafrenero zafio. ¡La pobre criatura se enterará pronto!

TRANIO.-¿Es que tal vez es más huraño que ella? ¡No es posible!

GREMIO.-¿Él? Ese hombre es un diablo. ¡Un verdadero demonio!

TRANIO.-Pues ella en todo caso una diablesa. La verdadera mujer del diablo.

GREMIO.-¡Quiá, mi amigo! Junto a él es una cordera, una paloma, una futesa. Os voy a contar lo ocurrido. Escuchad, mi señor Lucentio. Figuraos que cuando el cura le ha preguntado si quena a Catalina por mujer ha respondido, pero jurando tan fuerte que el sacerdote todo asustado ha dejado caer su libro: "¡Rayos de rayos!, pues ya lo creo". Y cuando se agachaba el pobre cura para recoger su breviario, ese disparatado loco le ha dado tal puñetazo, que cura y libro y libro y cura han rodado por el suelo. "Ahora -ha rugido-, que los levante el que quiera!"

TRANIO.-¿Y qué ha dicho la joven cuando el cura se ha levantado?

GREMIO.-Ella temblaba y se estremecía, pues el fenómeno pataleaba y tronaba cual si el cura hubiese tratado de hacerle cornudo. Y he aquí que una vez todas las ceremonias acabadas, el monstruo pide vino. "¡A la salud de todos!", grita, cual si hubiese estado a bordo de un navío bebiendo por sus camaradas tras una tormenta. Traga el moscatel sin dejar para los demás, y lo que quedaba en el fondo de la copa se lo tira a la cara del sacristán pretextando para ello que la barba del infeliz crecía tan rala y famélica que le estaba pidiendo a voces mientras bebía un poco de brebaje. Tras ello, coge a la recién casada por el cuello, le sacude en plena boca un beso tan escandaloso, que resuena en toda la iglesia. Y es cuando yo, al ver aquello, he escapado, avergonzado. Por supuesto, todo el cortejo viene tras de mi. Jamás, se había visto un matrimonio tan extraordinario... Pero escuchad, escuchad. Oigo a los músicos. (Música. Entran los músicos precediendo a los de la boda, Petruchio y Catalina, seguidos de Blanca, Bautista, Hortensio, Grumio y todos los invitados y comitiva.)

PETRUCHIO.-Caballeros, y vosotros, amigos míos, mil gracias por el trabajo que os habéis tomado en venir. Sé también que contabais comer conmigo y que habéis preparado un copioso banquete de boda. Pero sucede que

LibrosEnRed

asuntos inaplazables me reclaman lejos de aquí; por consiguiente, obligado me veo a despedirme de vosotros en este preciso instante.

BAUTISTA.-¿Es posible que queráis partir esta tarde misma?

PETRUCHIO.-Hoy mismo, si, antes de que sea de noche. Y que ello no os extrañe. Si supieseis las razones que me mueven a ello, más bien me rogaríais que partiese, que no me quedase. Por consiguiente, doy muchas gracias a todos, nobles compañeros, testigos de mi unión con la más paciente, la más dulce y virtuosa de las esposas. Comed en compañía de mi suegro, bebed a mi salud, y en lo que a mi afecta, como es preciso que me vaya, adiós a todos.

TRANIO.-Permitidnos suplicaros que os quedéis hasta después de la comida.

PETRUCHIO.-Imposible.

GREMIO.-Dejadme que os lo suplique yo también.

PETRUCHIO.-Imposible digo.

CATALINA.-Yo uno mis ruegos a los suyos.

PETRUCHIO.-Me place en extremo.

CATALINA.-¿Os place en extremo quedaros?

PETRUCHIO.-Me place en extremo que me supliquéis que me quede. Pero podríais hartaros de suplicarme y no me quedaría.

CATALINA.-No obstante, si es que me amáis, quedaos.

PETRUCHIO.-¡Grumio, los caballos!

GRUMIO.-Dispuestos están, mi amo. Y con la tripa llena de avena.

CATALINA.-Pues bien, haced como os plazca. En cuanto a mi, no partiré hoy, ¡no! Ni mañana. Ni antes de que me dé la gana hacerlo. La puerta abierta está, señor mío; el camino ahí le tenéis. Podéis trotar hasta que vuestras botas no puedan ya más. Pero yo no partiré más que cuando se me antoje hacerlo. Un hombre que desde el primer momento se muestra tan bruto y tan grosero, ¡de veras que promete ser una alhaja de marido!

PETRUCHIO.-Ea, Lina querida no te enfades, te lo ruego. Echa lejos de ti el mal humor.

LibrosEnRed

CATALINA-¡Me da la gana enfadarme! ¿Qué diablos tenéis que ir a hacer?

En cuanto a vos, padre, puedes estar tranquilo. Esperará hasta que a mi se me antoje.

GREMIO.-(A Bautista.) Esto ya es otra cosa, caballero. La cólera de Catalina empieza a producir su efecto.

CATALINA.-Señores, ¡a la mesa todos! Ya veo que se puede hacer de una mujer un espantajo si no tiene el valor de resistir.

PETRUCHIO.-(Con violencia tremenda.) ¡Estos caballeros irán a comer, Lina, puesto que se lo ordenas! ¡Obedeced a la recién casada, vosotros todos los que habéis formado su cortejo! Id al banquete, si; divertíos, haced francachela, brindad hasta hartaros por su doncellez, alegraos, haced el loco, Y si no, ¡que os ahorquen! En cuanto a mi Lina, mi hermosa Catalina, ¡partirá conmigo! (La coge por la cintura cual si la defendiese contra los otros,) Ea, lucero, no te hagas la enfadada, no patalees ni te revuelvas; no eches miradas furibundas ni hagas gestos de cólera. Yo quiero ser dueño de lo que es mío. Mi mujer es mi bien, mi todo, mi casa, mi mobiliario, mi campo, mi granja, mi caballo, mi buey, mi asno: ¡cuanto quiero y tengo! (Desenvaina la espada.) ¡Aquí la tenéis! Pero ¡ay de quien la toque! ¡Desafío a todo matachín de Padua que se atreva a cerrarme el camino! Grumio, ¡desenvaina, que estamos rodeados de bandidos! ¡Ven a socorrer a tu señora si es que eres un hombre! En cuanto a ti, mi Lina adorada, no temas nada, que nadie se atreverá a tocarte. ¡Aquí estoy yo para ser tu escudo incluso contra un millón de enemigos! (Se la lleva de la plaza violentamente mientras Grumio hace que protege su retirada.)

BAUTISTA.-¡Dejad, dejad que se vayan enhorabuena! ¡Apacible pareja!

GREMIO.-Si no se van tan pronto, reviento de risa.

TRANIO.-No creo que haya habido jamás matrimonio de locos semejantes.

LUCENTIO.-(A Blanca.) Señora, ¿qué pensáis de vuestra hermana?

BLANCA.-Que para una loca de atar siempre hay un loco rematado.

GREMIO.-Creo, por mi fe, que Petruchio ha encontrado una horma digna de su zapato.

BAUTISTA.-Amigos míos, vecinos: si el casado y la casada no están para ocupar su puesto en la mesa, si habrá, en cambio, comida y bebida en abundancia. Vamos, pues, Lucentio, vos ocuparéis el puesto del marido, y Blanca, el de su hermana.

TRANIO.-¿Va la encantadora Blanca a aprender cómo se hace de recién casada?

BAUTISTA.-Así es, Lucentio. Venid, señores, vamos. (Entran a la casa.)

LibrosEnRed

Cuarto acto

Primera escena

Gran sala a la entrada de la casa de campo de Petruchio

(Entra GRUMIO todo cubierta de barro)

GRUMIO.-¡Mal haya! ¡Mal haya de todos los jamelgos derrengados, de todos los amos locos y de todos los malos caminos! ¿Ha habido jamás hombre más zarandeado, más enlodado y más molido que yo? Me ha echado por delante para que encienda el fuego y llegan tras de mi para calentarse. De no ser yo uno de esos pucheritos que al punto están hirviendo, mis labios helados se pegarían a mis dientes, mi lengua a mi paladar y mi corazón a mis tripas antes de que tuviese fuego para deshelarme. Pero me calentaré con sólo soplar lo que arda; un hombre mayor que yo, con este tiempo, no habría quien le librase de un resfriado. ¡A ver! ¡Hola! ¡Curtis! (Entra Curtis.)

CURTIS.-¿Quién llama con voz que tinta?

GRUMIO.-Un pedazo de hielo. Si lo dudas, ensaya y verás que puedes patinar de mis hombros a mis talones sin otro impulso que el que tomes de mi cabeza a mi cuello. ¡Lumbre, lumbre, mi querido Curtis!

CURTIS.-¿Es que el amo y su esposa llegan, Grumio?

GRUMIO.-Si, si, Curtis; están al llegar, conque, ¡fuego!, ¡fuego! Y no se te ocurra echar agua encima.

CURTIS.-Y dime: ¿la fiera tiene la cabeza tan caliente como dicen?

GRUMIO.-La tenia, excelente Curtis, antes de esta helada. Pero bien sabes que el invierno doma todo: hombre, mujer y bestia. Este ha domado a mi amo de siempre, a mi ama de ahora y hasta a mi mismo, excelente Curtis.

CURTIS.-¿Qué estás diciendo ahí? ¿Es que crees acaso que soy tonto, títere de tres pulgadas?

LibrosEnRed

GRUMIO.-Prefiero no tener sino tres pulgadas a llevar, como tú, cuernos de más de a pie. Además ¿es que quieres hacernos fuego, o será preciso que me queje de ti a nuestra ama? Te aseguro que si tardas tanto en preparar lo necesario para que se caliente, ella te hará en menos tiempo sentir la caricia de sus manos heladas.

CURTIS.-Ea, Grumio, hombre, dime, te lo ruego, qué pasa por el mundo.

GRUMIO.-(Mientras Curtis enciende fuego.) Pasa que se hiela. Pasa que el único oficio bueno es el de fogonero: el tuyo. Por consiguiente, atiza. Haz tu deber y hallarás recompensa. Mi amo y mi ama están medio muertos de frío.

CURTIS.-Ya tienes el fuego encendido, conque ahora, mi buen Grumio, vengan las noticias.

GRUMIO.-Tantas noticias cuantas quieras con música de "Jacobo, muchacho!, ¡eh, muchacho!".

CURTIS.-¡Siempre el mismo! En embarcar a los demás no hay otro.

GRUMIO.-Pero como el agua está terriblemente fría, ¡atiza el fuego de firme! Por cierto, ¿dónde está el cocinero? ¿Está la sopa lista, la casa en condiciones, el piso esterado y barridas las telas de araña? ¿Se han puesto los criados los trajes nuevos, las medias blancas y cuantos hayan de servir el traje de boda? Las marmitas, ¿están bien limpias por dentro y los marmitones por fuera? ¿Tienen las mesas manteles? ¿Está todo preparado?

CURTIS.-¡Todo! Por consiguiente, ¡habla, hombre!

GRUMIO.-Pues bien, ante todo, sabe que mi caballo está rendido y que el amo y el ama se han caído...

CURTIS.-¿Qué se han caído?

GRUMIO.-...de sus sillas en medio del barro, y aquí empieza la historia.

CURTIS.-Cuéntamela, mi excelente Grumio.

GRUMIO.-Aguza el oído.

CURTIS.-Alerto está.

GRUMIO.-(Dándole una bofetada.) Pues aquí la tienes.

CURTIS.-Esto es más sentir una historia que oírla.

LibrosEnRed

GRUMIO.-Es que te la quena hacer palpable. Por supuesto, el soplamocos era tan sólo para advertir tu oreja y hacerte escuchar mejor. Y ahora, empiezo: primero hemos bajado por una cuesta malísima; el amo a la grupa, detrás del ama...

CURTIS.-(Interrumpiendo a Grumio.) ¡Diantre, los dos sobre el mismo jamelgo!

GRUMIO.-¿Qué has dicho?

CURTIS.-He dicho: los dos sobre el mismo jamelgo.

GRUMIO.-Pues si lo sabes, sigue tú contando. ¿Ves?, de no haberme interrumpido hubieras sabido cómo el caballo ha caído, y ella debajo, pero precisamente encimita del cenagal. Luego, la clase de cenagal que era; de qué modo se rebozó en el barro; cómo el amo la dejó, caballo y todo sobre ella; y cómo a mi me sacudió por haber tropezado el caballo del ama. Luego lo que ella chapoteó en el barro para venir a librarme de sus manos; de qué manera él juraba, ¡y cuanto ella le suplicaba! Ella, que jamás había suplicado antes. Y como yo chillaba de tal modo, que los caballos salieron escapados. Cómo la brida del ama se rompió. Cómo yo perdí mi grupera. Y muchas otras cosas más dignas de memoria, pero que morirán en el olvido, mientras tú, ignorante de lo que ha pasado, bajarás a la tumba.

CURTIS.-A juzgar por lo que dices, está él más rabioso que ella.

GRUMIO.-De ello no hay duda. Y esto, tanto tú como el más majo de la casa lo descubriréis en cuanto llegue. ¿Pero a qué tantas palabras? Llama a Nataniel, a José, a Nicolás, a Felipe, a Walter Pilón de Azúcar y a todos los demás. Y ¡mucho ojo! Que estén bien peinados, las libreas azules bien cepilladas y las ligas perfectamente atadas. Que hagan la reverencia con la pierna izquierda, y que no se tomen la libertad de tocar una crin de la cola del caballo del amo sin previamente haberle enviado un beso con la mano. ¿Están todos dispuestos?

CURTIS.-Lo están.

GRUMIO.-Llámales entonces.

CURTIS.-(A voces.) ¡A ver! ¿me oís? ¡Que cada uno vaya al encuentro del amo, con objeto de hacer buena cara al ama!

GRUMIO.-¿Cómo? Te advierto ella tiene ya su cara.

CURTIS.-¿Quién podría ignorarlo?

LibrosEnRed

GRUMIO.-Diríase que tú, puesto que les llamas para que le hagan una buena.

CURTIS.-Lo que hago es invitarles a que le presten sus respetos.

GRUMIO.-¿Pero es que tú crees que ella viene aquí a que le presten algo?

(Entran cuatro o cinco servidores, que se agrupan en torno a Grumio.)

NATANIEL.-Bienvenido, Grumio.

FELIPE.-¿Qué tal, Grumio?

NICOLÀS.-¡Querido Grumio!

NATANIEL.-¿Cómo, te ha ido, muchacho?

GRUMIO.-Hola tú... Y tú, ¿cómo estás?.. . ¿Estás tú aquí también... Adiós, compadre... y ya basta de saludos. Y ahora, mis buenos mozos, ¿es que todo está dispuesto? ¿Todo en orden?

NATANIEL.-Todo. ¿A qué distancia está el amo?

GRUMIO.-A dos pasos. Ya debe incluso haberse apeado del caballo. Luego basta de charla. Pero, ¡silencio, por el gallo de la Pasión, que ya le oigo! (Entran Petruchio y Catalina, llenos de barro.)

PETRUCHIO.-¿Dónde está ese hatajo de inútiles? ¿De modo que nadie a la puerta para tenerme el estribo y para recoger al caballo? ¿Dónde está Nataniel? ¿Dónde Gregorio? ¿Dónde Felipe?

LOS CRIADOS.-¡Aquí! ¡Aquí, señor! ¡Aquí!

PETRUCHIO.-¡Aquí! ¡Aquí, Señor! ¡Aquí! ¡Tarugos! ¡Asnos! ¡Unos grandes asnos!, he aquí lo que sois. Aquí estáis, pero nadie se ha presentado para servirnos. Nadie para saludarnos y desearnos la bienvenida. ¿Dónde, está ese idiota, ese papanatas al que he enviado por delante?

GRUMIO.-Aquí estoy, señor, tan idiota como de costumbre.

PETRUCHIO.-¡Palurdo!, ¡rocin de cervecero! ¡hijo de zona! ¿No te había dicho que salieses a esperarme al parque en unión de esta cuadrilla de gaznápiros?

GRUMIO.-Señor, la librea de Nataniel no estaba completamente acabada y los escarpines de Gabriel estaban, por el contrario, perfectamente aca-

LibrosEnRed

bados por los tacones. No había negro de humo para dar una mano al sombrero de Pedro, y la daga de Gontrán aún no se la había enviado el fabricante de vainas. Es decir, ninguno estaba listo a excepción de Adán, Raúl y Gregorio. Los demás estaban, por decirlo así, hechos jirones. Más usados en sus trajes, que mendigos. No obstante, tal cual estaban han venido a vuestro encuentro.

PETRUCHIO.-¡Largo, bribones! ¡Id a buscar la cena! (Los criados salen. Petruchio canta)

¡Qué fue de la vida que yo llevaba! ...

¿dónde están...?

(Fijándose en Catalina) Pero siéntate y sé la bienvenida, Lina...

A comer, a comer, ¡a comer! (Entran los criados trayendo la Cena)

¿Qué? ¿Llega la cena, al fin? Ea, mi buena, mi dulce Lina, anímate. Pero ¿qué hacéis que no me quitáis las botas, canallas? ¡Vivos!

(Canta.)

"En otro tiempo, un fraile gris siempre que iba de viaje..."

¡Detente animal, que me tuerces el pie! ... (Le pega) ¡Toma! ¡Así tendrás más cuidado al sacar la otra! ... Alégrate, Lina... Pero, ¿no hay agua? (Entra un criado trayéndola) ¿Y dónde está Troilus, mi podenco? En cuanto a ti, bribón, escapa de aquí y ve a rogar a mi primo Fernando que venga. (El criado sale) Se trata de alguien, Lina al que será preciso que abraces y al que quiero que conozcas. ¿Dónde están mis zapatillas? Y esa agua, ¿llega o no llega? (Le presentan la aljofaina por segunda vez.) Ven Lina, ven a lavarte, y de todo corazón, sé la bienvenida. (Empuja al criado, que deja caer el agua.) ¡Idiota! ¡Hijo de perdida! ¡Ni que decir tiene que la has tirado toda! (Le pega.)

CATALINA.-Tened paciencia, os lo ruego. Lo ha hecho sin querer.

PETRUCHIO.-¡Es un hijo de zorra!, ¡una cabeza de leño!, ¡un orejas de asno! Ea, Lina, ven a sentarte, que sé que tienes mucha hambre. ¿Quieres decir el Pater Noster, mi querida Lina, o lo digo yo? Pero ¿qué es esto?, ¿carnero?

PRIMER CRIADO.-Sí, mi amo.

LibrosEnRed

PETRUCHIO.-¿Quién le ha traído?

PRIMER CRIADO.-Yo.

PETRUCHIO.-¡Pero si está todo quemado! ¡Toda la carne está quemada! ¡Perros del demonio, qué sois! ¿Dónde está ese maldito cocinero? ¿Cómo habéis tenido la audacia de traer una carne semejante y de servírmela en este estado, sabiendo de qué modo la detesto así? ¡Quitadme de delante todo eso!

¡Platos, vasos, todo! (Les tira la cena a la cabeza.) ¡Idiotas! ¡Imbéciles!

¡Animales! ¡Malenseñados! ¿Cómo? ¿Y aún refunfuñáis? ¡Dentro de un instante me las entenderé con vosotros! (Echa a todos de la sala menos a Curtis)

CATALINA.-Por favor, esposo, no os atormentéis así. En cuanto a la carne, en su punto estaba, podéis creerme.

PETRUCHIO.-Pues yo digo, Lina, que estaba toda quemada; toda seca. Y la carne a tal punto asada me está enteramente prohibida. No debo ni probarla. Parece ser que produce bilis y que mueve a la cólera. Vale, pues, más para nosotros dos que de naturaleza somos ya un poco irritables, quedarnos en ayunas, que comer una carne como ésta, demasiado asada. Ten paciencia. Mañana irá la cosa mejor. Ea, ven. Voy a conducirte a la cámara nupcial.

(Salen seguidos de Curtis. Los criados entran poco a poco)

NATANIEL.-Pedro, ¿viste jamás cosa semejante?

PEDRO.-La está domando a fuerza de imitar su carácter. (Curtis vuelve.)

GRUMIO.-¿Dónde está?

CURTIS.-En el cuarto de su mujer, pronunciando un gran discurso sobre la continencia. Maldice, jura truena de tal modo que la pobre criatura no sabe ya qué hacer, adónde mirar ni qué decir. Ha acabado por sentarse y está como alguien que acaba de despertar de un sueño. (Entra Petruchio.)

PETRUCHIO.-Creo que he comenzado mi reinado como hábil político y espero llevar mi empresa a un buen fin. Por lo pronto, mi halcón está hambriento y con el estómago una patena. Hasta que no esté bien amaes-

LibrosEnRed

trada será preciso que no se vea harta; de otro modo, no habría medio de que acudiese al señuelo. Y aun conozco otro medio de domar a mi ave de presa; de hacerla que aprenda a conocer mi voz y acuda a mi mano: que es impedirla que duerma; como se hace con los milanos que agitan las alas y no quieren obedecer. Nada ha comido hoy y nada comerá mañana aún. La noche última no durmió y esta no dormirá tampoco. Del mismo modo que con la cena, ya encontraré una estratagema cualquiera, por ejemplo sobre el modo como han hecho la cama, y hallada, todo irá por los aires; aquí la almohada; allá, el almohadón; las mantas, por un lado; las sábanas, por otro. Y, naturalmente, en medio del escándalo no dejaré de jurar y de repetir que cuanto hago es por ella; en atención y solicitud hacia ella. En una palabra, velará toda la noche, pues en cuanto incline la cabeza me pondré a jurar y a maldecir como un condenado, y con voces no habrá medio de que pegue los ojos. ¡He aquí cómo agobia a una mujer a fuerza de la bondad! Si alguien conoce un medio mejor para domar a una fiera, que hable; haría una verdadera caridad indicándomelo.

Segunda escena

Padua. Una plaza. Ante la casa de Bautista

(LUCENTIO [como Cambio] y BLANCA, sentados en un banco, leen un libro; TRANIO [en Lucentio siempre] y HORTENSIO salen de una casa situada al otro lado de la plaza)

TRANIO.-¿Seria posible, amigo Licio, que la señora Blanca se interesase por otro hombre que por mi, Lucentio? Os aseguro que no puede estar conmigo más amable.

HORTENSIO.-Pues para que os convenzáis de lo que os he dicho, no tenéis sino observar, sin que os vean, cómo le da su lección.

LUCENTIO.-Y bien, señora ¿sacáis provecho de vuestras lecturas?

BLANCA.-Y vos, maestro, ¿cuales son las vuestras? Responded primero a esto.

LUCENTIO.-Yo leo lo que profeso: El arte de amar.

BLANCA.- ¡Ojalá lleguéis a ser un maestro en vuestro arte!

LibrosEnRed

LUCENTIO.-Lo seré mientras vos, amor mío, séais la dueña de mi corazón.

(Se levantan, se besan y salen embelesados)

HORTENSIO-Sus progresos, ¡pardiez!, no pueden ser más rápidos. Conque, ¿qué decís ahora? Hacedme el favor de responder, pues hace un momento os atrevíais a jurar que vuestra señora, Blanca no amaba en el mundo a, nadie tanto como a Lucentio.

TRANIO.-¡Oh engañador amor! ¡Oh inconstancia de las mujeres! Es como para no creerlo, Licio, te lo aseguro.

HORTENSIO.-Pues bien, cese la equivocación en lo que a mi afecta; yo no me llamo Licio, ni soy un músico, como aparento, sino un hombre harto de cubrirse con esta apariencia y de fingir por una mujer capaz de dejar plantado a un hidalgo para hacer su dios de semejante majadero. Sabed, caballero, que yo me llamo Hortensio.

TRANIO.-Señor Hortensio, con frecuencia he oído hablar de vuestro profundo afecto hacia Blanca; y puesto que mis ojos son testigos de su ligereza, quiero, al mismo tiempo que vos, si me lo permitís, abjurar para siempre de ella y de su amor.

HORTENSIO.-¡Ya habéis visto cómo se besan y se acarician! Señor Lucentio, he aquí mi mano. Desde este momento me comprometo formalmente a no hacerle más la corte y a renegar de ella como de criatura indigna de los homenajes con que hasta ahora la he halagado tan locamente.

TRANIO.-Y yo, asimismo, hago juramento sincero de no desposarla jamás; incluso si me lo suplicase. ¡Se acabó para mí esta mujer! ¡Ved, ved aún los repugnantes cariños que le hace!

HORTENSIO.- ¡Merecería que el mundo entero, menos él, renegase de ella!

En cuanto a mí, con objeto de estar aún más seguro de cumplir lo que prometo, voy a casarme antes de tres días con una viuda rica que no ha dejado de adorarme mientras yo amaba a esta desdeñosa y vanidosa faisana. Por consiguiente, adiós, señor Lucentio. En adelante no serán los lindos rostros de las mujeres, sino la bondad de su corazón, lo que conseguirá mi amor. Me despido de vos resuelto a cumplir lo que acabo de jurar. (Salen. Tranio va en busca de los enamorados, que vuelven a su vez.)

LibrosEnRed

TRANIO.-¡Que el cielo os conceda, señora Blanca, todos los favores patrimonio de los amantes felices! Debo deciros que, habiendo sorprendido vuestras caricias, tanto Hortensio como yo, hemos renunciado a vos.

BLANCA.-¿No hablas en broma, Tranio? ¿Habéis renunciado, en verdad, a mí?

TRANIO.-Así es, señora.

LUCENTIO.-Henos, pues, desembarazados de Licio.

TRANIO.-Ha partido en busca de una buena moza, viuda por más señas, que se dejará seducir y desposar en un día.

BLANCA.-¡Buen provecho les haga!

TRANIO.-Y, además, él pronto la habrá domado.

BLANCA.-Al menos lo dirá, Tranio.

TRANIO.-Seguro, pues ha partido en dirección a la escuela donde se aprende a domar a las mujeres.

BLANCA.-¿La escuela donde se aprende a domar a las mujeres?, pero ¿existe tal escuela?

TRANIO.-Por supuesto, señora. Y en ella, Petruchio es el maestro. El enseña los procedimientos, que caen como un treinta y un uno, para domar a las mujeres ariscas, y para hacer dormir su lengua cuando es demasiado violenta.

(Entra Biondello, corriendo.)

BIONDELLO.-¡Arno, amo! A fuerza de estar a la espera, como un peno, estoy derrengado. Mas, por fortuna, he acabado por divisar a un viejo, a un buen ángel, que bajaba por la colina, y que creo nos servirá perfectamente.

TRANIO.-¿Qué clase de hombre es, Biondello?

BIONDELLO.- O un "mercadero" o un pedagogo, no lo sé. Pero la compostura de su traje y la gravedad de su rostro y de su aspecto, le dan enteramente el aire de un buen padre.

LUCENTIO.-¿Y qué quieres hacer con él, Tranio?

LibrosEnRed

TRANIO.-De ser crédulo y de dar fe a lo que voy a contarle, conseguiré que acepte con solicitud y diligencia el papel de Vincentio, con objeto de que garantice a Bautista Minola lo que arma el verdadero Vincentio. Conque llevaos a vuestra amada y dejadme solo.

(Lucentio y Blanca entran en la casa y el Pedagogo aparece.)

EL PEDAGOGO.-¡Dios os guarde, caballero!

TRANIO.-Y a vos también, señor mío, sed bien venido. ¿Estáis de paso aquí, tan solo, o habéis llegado al término de vuestro viaje?

EL PEDAGOGO.-Voy a estar aquí durante una semana o dos. Luego volveré a partir e iré hasta Roma. Y de Roma, a Tripoli. Si Dios me concede vida.

TRANIO.-¿De dónde sois, señor?

EL PEDAGOGO.-De Mantua.

TRANIO.-¿De Mantua? ¡Santo cielo! ¿Y venís a Padua sin temor vuestra vida?

EL PEDAGOGO.-¿Sin temor por mi vida, decís? ¿Y por qué habría temer?

Decídmelo, os lo ruego.

TRANIO.-Pero ¿no sabéis que es la muerte, para todo habitante de Mantua, el venir a Padua? ¿E ignoráis acaso el por qué? En Venecia han confiscado vuestras naves, y nuestro Duque, a consecuencia de una querella privada con el vuestro, ha hecho proclamar por todas partes un edicto anunciando esta pena.

Claro que, como acabáis de llegar, lo ignoráis aún; de otro modo, extraordinario seria que no hubieseis oído hablar ello.

EL PEDAGOGO.-Pues caballero, la cosa es tanto más peligrosa para mí cuanto que soy portador de letras de cambio establecidas en Florencia, y que debía presentar al cobro aquí.

TRANIO.-En efecto. Mas con objeto de ayudaros y por pura cortesía, he aquí lo que estoy dispuesto a hacer y lo que os aconsejo. Pero ante todo, decidme: ¿habéis ido alguna vez a Pisa?

EL PEDAGOGO.-Si, he ido con frecuencia a Pisa, ciudad afamada a causa de la seriedad de sus ciudadanos.

LibrosEnRed

TRANIO.-Y entre ellos, ¿conocéis a uno llamado Vincentio?

EL PEDAGOGO.-Conocerle no le conozco, pero si he oído hablar de él. Es un mercader inmensamente rico.

TRANIO.-Pues es mi padre, señor. Y, en verdad, que hasta os parecéis un poco a él.

BIONDELLO. (Aparte.)-Exactamente como una manzana a una ostra. Se equivocaría uno.

TRANIO.-Pues bien, con objeto de salvaros la vida, pues vuestro caso es muy grave, he aquí el servicio que estoy dispuesto a prestaros, y que os hará ver que no es poca suerte para vos el pareceros a Vincentio; vais a tomar aquí su nombre y a haceros pasar por él. Por supuesto, seréis alojado en mi casa y como corresponde a un amigo. Por vuestra parte, cuanto habréis de hacer consistirá en representar vuestro papel como es debido. ¿Me comprendéis? Por consiguiente, permaneceréis en mi casa hasta que hayáis terminado vuestros quehaceres en esta ciudad. Si este ofrecimiento, señor, os place, no tenéis sino aceptarle.

EL PEDAGOGO.-¡Pues no lo he de aceptar, caballero! Y siempre os consideraré como el protector de mi vida y de mi libertad.

TRANIO.-En este caso, venid conmigo, que vamos a disponer todo como es debido. ¡Ay!, y a propósito; es preciso que os diga que precisamente espero todos los días a mi padre para que asegure los derechos de viudedad a la hija de un tal Bautista, con la cual debo casarme. Pero ya os pondré al corriente de todos los detalles. Venid conmigo, señor, con objeto de que os vistáis cual conviene a vuestra actual categoría. (Salen.)

Tercera escena

Una gran sala en casa de Petruchio

(Entran CATALINA y GRUMIO.)

GRUMIO.-No, no; de veras que no; por nada del mundo me atrevería.

CATALINA.-Cuanto más sufro, más encolerizado está él. Además, ¿es que se ha casado conmigo para matarme de hambre? Los mendigos que llegan a

la puerta de mi padre no tienen sino pedir y al momento reciben la limosna que imploran. Y si se les negase allí, en otra parte hallarían caridad. Pero yo, que jamás aprendí a implorar, que jamás tuve necesidad de implorar, privada me veo de alimento y la cabeza se me va por falta de sueño. Despierta me tiene a fuerza de juramentos y maldiciones, y sólo con escándalos me alimenta. Y lo que aún me desespera más que todas las privaciones, es ver que todo lo hace con el pretexto de un amor perfecto; es decir, cual si comiendo y durmiendo fuese a sobrevenirme una enfermedad mortal o una muerte súbita. Por lo tanto, te lo ruego una vez más; ve a buscarme algo de comer. No importa qué, con tal de que sea un alimento sano.

GRUMIO.-¿Qué os parecería un pie de ternera?

CATALINA.-¡Pero un pie de ternera es delicioso! ¡Tráemelo al punto!

GRUMIO.-Ahora me pregunto si no seria un manjar demasiado fuerte. ¿Qué os parecerían, si no, unos callos bien preparados?

CATALINA.-¡Oh, los callos! ¡Loca me vuelven! ¡Corre a por ellos, mi buen Grumio!

GRUMIO.-¿Qué hacer? ¿Y si os resultan irritantes? ¿No sería tal vez mejor un buen pedazo de vaca con su poquito de mostaza?

CATALINA.-¡Es uno de mis platos preferidos!

GRUMIO.-Si, pero he hablado de mostaza y la mostaza es, seguramente, condimento demasiado fuerte.

CATALINA.-Pues bien, tráeme la carne y vaya al diablo la mostaza.

GRUMIO.-No. Eso de ningún modo. Grumio os traerá, señora, la vaca con su buena mostaza, o nada.

CATALINA.-Bueno; bien; si; las dos cosas. O una sin la otra. O lo que tú quieras.

GRUMIO.-Tal vez entonces la mostaza sin la carne?

CATALINA.- (Pegándole) ¡Vete de aquí, insolente, que te burlas de mí, y como todo alimento no haces sino enumerarme los platos! ¡Ay de ti y de toda la miserable banda que de tal modo abusa de mi desgracia! ¡vete! ¿No te digo que te vayas? (Entran Petruchio y Hortensio trayendo platos con comida.)

PETRUCHIO.-¿Cómo está mi dulce Linita? Pero ¿qué tienes, amor mío?

LibrosEnRed

¿Qué carita es ésa de cadáver?

HORTENSIO.-¿Cómo estáis, señora?

CATALINA.-Si he de decir la verdad, tan mal como es posible estar.

PETRUCHIO.-No, querida. ¡Arriba el ánimo! Mírame con alegría. Ea, bien mío, mira cómo me he ocupado de ti con toda presteza. Yo mismo he preparado tu desayuno y aquí te lo traigo. (Ponen los platos sobre la mesa) Y esta atención, Lina, bien creo que merece unas "gracias" afectuosas... ¿No? ¿Ni siquiera una palabra? Entonces es que no te gusta lo que te traigo y que toda mi diligencia ha sido por nada, ¡A ver!, ¡llevaos este plato!

CATALINA.- ¡No! Dejadle. Os lo ruego.

PETRUCHIO.-E1 servicio más modesto suele ser recompensado con un "gracias". Tú recompensarás, pues, el mío, antes de tocar este plato.

CATALINA.-Muchas gracias, señor. (Se sienta a la mesa. Petruchio permanece de pie)

HORTENSIO.-(Sentándose frente a Catalina.) ¿No te sientas tú? Haces mal.

Pues comamos nosotros, señora. Yo os acompañaré.

PETRUCHIO.-(Por lo bajo a Hortensio).- Hortensio, si me quieres hacer un favor, ¡cómetelo todo! (A Catalina, en voz alta.) Que te haga muy buen provecho lo que vas a comer, corazón mío. Y date prisa te lo ruego, Lina mía, porque inmediatamente, mi dulce compañera querida, volveremos a casa de tu padre, adonde quiero que te presentes con trajes tan ricos como los de las más ricas damas. Trajes, abrigos, sombreros, sortijas de oro, gorgueras, puños de encaje verdugados y mil otras cosas bellas, sin olvidar los chales, los abanicos y las joyas a profusión, tales que brazaletes de ámbar, collares de todo eso que tanto os agrada a las mujeres. (Grumio arrambla con los platos) ¡Ah! ¿Has acabado ya de desayunar? Pues muy bien. El sastre sólo espera que te plazca recibirle para adornar tu graciosa persona con los más suaves y acariciadores atavíos. (Entra un sastre, llevando un traje al brazo) Adelante, sastre, y veamos ese traje. Muestra tu maravilla. (Entra un mercero con una caja) Y tú mercero, ¿qué te trae?

EL MERCERO.-Traigo, vedla aquí, la toca que Vuestra Señoría me ha encargado.

PETRUCHIO.-¿Llamas a esto una toca? ¿Las has modelado, acaso con una escudilla? ¿Toca dices? ¡Esto lo que es, es un orinal de terciopelo! ¡Quítamelo de delante! Es no solamente fea, sino repugnante ¡Llamar toca a una

LibrosEnRed

especie de vaina!, ¡a una cáscara de nuez!, ¡a una baratija! ¡a un perendengue!, ¡a un juguete!, ¡a un gorrillo de muñeca! ¡Al diablo tu toca! Yo quiero algo más grande.

CATALINA.-Pues yo no quiero una cosa más grande. Esta toca está a la moda. Las damas de buen tono llevan tocas como ésta.

PETRUCHIO.-¡Cuando dulcifiques el tuyo tendrás una; no antes!

HORTENSIO.-(Aparta) Pues ya escampa.

CATALINA.-¿Cómo? ¿Es que yo no tengo derecho a opinar? Pues sabed que diré aquello que deba decir, porque yo no soy ni una niña ni un muñeco. Gentes de más campanillas que vos tuvieron que soportar que dijese lo que pensaba; de modo que si vos no podéis soportarlo no tenéis sino taparos los oídos. Porque preciso es que mi lengua exprese la indignación que llena ya mi corazón, o que este estalle a fuerza de cólera. Y antes de que tal ocurra, quiero ser libre, absolutamente libre de hablar como me plazca.

PETRUCHIO.-Pardiez, dices mucha verdad. Esta toca es lastimosa. Es frusle-ría. Una corteza de pastel. Algo como de confitería montado sobre seda. Te amo aún más viendo que no te gusta.

CATALINA.-Me améis o no me améis, a mi me gusta la toca. Y quiero ésa o ninguna. (Grumio hace salir al mercero.)

PETRUCHIO.-¿Tu vestido dices? ¡Ah, si!, es verdad. Acércate, sastre. Muestra lo que traes. (El sastre obedece.) ¡Bondad divina de bondad divina! ¡Pero es un traje de carnaval! ¿Esto qué es?, ¿una manga? ¡Pero si parece un cañón!, ¡una bombarda! Y... ¡qué veo, además! ¿Cortado de arriba abajo como una tarta de manzanas? ¡Más cortes, cortaduras y picados: tajado agujereado, como el calentador de la peluquería de un barbero! ¿Qué diablo de nombre de demonio das tú a esto, sastre?

HORTENSIO.-(A parte) Que me cuelguen si no se queda sin toca ni vestido.

SASTRE.-Me habéis encargado, señor, que le hiciera elegante, bonito, a la última moda.

PETRUCHIO.-¡Naturalmente! Pero lo que no te he dicho es que degollases la moda. ¡Largo! Fuera de aquí. A tu casa por calles y arroyos, lo más pronto posible, y sin esperanza de que yo sea tu parroquiano. En cuanto al traje. ¡Ni verle quiero! Quítate de mi vista. Haz con él lo que te plazca.

LibrosEnRed

CATALINA.-Pues yo no he visto nunca un vestido mejor cortado, más elegante, más bonito y más como es debido. Diríase que os empeñáis en tratarme como a un pelele.

SASTRE.-Ya lo oís, señor. Bien claro dice que vuestra señoría quiere tratarla como a un pelele.

PETRUCHIO.-¿ Será atrevido el afilado bellaco. ¡Mientes, hembra humana!, ¡hilo!, ¡hebra!, ¡dedal, ¡vana de medir!, ¡tres cuartos de vara!, ¡media vara tan sólo!, ¡cuarto apenas! ¡Mientes; clavo, pulga, piojo, grillo de invierno! ¡Largo de aquí! ¡Pues no viene este estropajo a enfrentarse conmigo en mi propia casa! ¡Fuera, trapo sucio, pedazo, cacho, trozo de hombre, aborto humano! ¡Fuera o te mediré de tal modo con tu propia yana que te acordarás toda su vida de lo que te costó hablar delante de mí! Yo te digo y te repito que has estropeado el vestido.

SASTRE.-Vuestra Señoría se equivoca. El traje ha sido hecho exactamente como mi maestro había recibido orden de hacerlo. Grumio puede decirlo, que fue quien vino a encargarle.

GRUMIO.-Yo no encargué nada. Cuanto hice fue dejar la tela.

SASTRE.-¿Y cómo dijiste que el vestido fuese hecho?

GRUMIO.-¡Pardiez!, con hilos y agujas.

SASTRE.-Pero ¿no encargaste que estuviese bien acuchillado?

GRUMIO.-Lo que seguramente ya habíais hecho más de una vez.

SASTRE.-Naturalmente. ¿Y qué?

GRUMIO.-Que no me acuchilles a mi, que yo no soy un vestido. Y si asimismo estás acostumbrado a vestir, no por ello debes vestirme a mí ahora con ropa que no merezco. Yo no quiero ni que me acuchillen ni que me vistan. Y repito que dije a tu maestro que cortase el vestido, pero que no le cortase en mil pedazos. Ergo, mientes.

SASTRE.-¿Si? Pues en prueba de lo contrario, he aquí la nota de encargo.

PETRUCHIO.-Lee.

GRUMIO.-Si dice que yo he dicho tal cosa, mentirá la nota.

SASTRE.-(Leyendo) Primero: un vestido con corpiño perdido.

LibrosEnRed

GRUMIO.-(A Petruchio) Mi amo; si yo he dicho jamás eso de vestido con corpiño perdido, que me cosan dentro de la falda y que me golpeen a muerte con un ovillo de hilo oscuro. Yo dije, tan sólo: un vestido.

PETRUCHIO.-(Al sastre.) Continúa.

SASTRE.-(Leyendo) Con un cuello pequeñito, redondeado.

GRUMIO.-Cierto. Pongo el cuello por lo del cuello.

SASTRE.-(Leyendo siempre) Con una manga de jamón.

GRUMIO.-Confieso que dije no una sino dos.

SASTRE.-Las mangas delicadamente recortadas.

PETRUCHIO.-Y en ello está precisamente lo abominable.

GRUMIO.-Error en la lista, señor; error en la lista. Lo que yo encargué fue que las mangas fuesen cortadas primero, y luego cosidas. Y esto, sastre, dispuesto estoy a probártelo pese a que tengas el me-ñique armado con un dedal.

SASTRE.-Lo que yo digo es la verdad, y si estuviésemos en otra parte no tardarías en saberlo.

GRUMIO.-Estoy a tu disposición desde ahora mismo. Coge como arma tu lista, dame la yana y no me tengas compasión.

HORTENSIO.- ¡Dios me perdone, Grumio!, pero con las armas no le das ventaja.

PETRUCHIO.-En una palabra, sastre, este vestido no es para mí.

GRUMIO.-Tenéis razón, señor; es para el ama.

PETRUCHIO.-Por consiguiente, llévatele y que tu maestro haga con él el uso que quiera.

GRUMIO.-Lo que es eso, no, ¡bribón! ¡Por nada del mundo! Usar tu maestro un traje de mi señor ¡jamás!

PETRUCHIO.-¿Qué dices ahí?, ¿qué broma es ésa?

GRUMIO.-Nada de broma, señor; se trata de una cosa muy seria. ¿Usar su maestro un traje de mi ama? ¡Ah, no!

PETRUCHIO.-(En voz baja a Hortensio) Hortensio, ocúpate de que paguen al sastre. (Al sastre) Lo dicho. ¡Largo!, llévate eso, y ni una palabra más.

LibrosEnRed

HORTENSIO.-(En voz baja al sastre) Yo te pagaré mañana el vestido. Que no te enfaden sus modales algo bruscos. Vete sin cuidado y mil felicitaciones a tu maestro. (Sale sastre.)

PETRUCHIO.-Ea, vamos, mi querida Lina. Iremos a casa de tu padre con los sencillos y modestos adornos que tenemos. Si nuestros vestidos son humildes, nuestra bolsa, en cambio, estará repleta. Lo que hace, en definitiva, rico al cuerpo, es el alma. Del mismo modo que el sol atraviesa las nubes más sombrías, así el honor muéstrase a través de los más pobres atavíos. Porque, ¿es que el anendajo seria más precioso que la alondra tan sólo por tener las plumas más bellas, y la víbora valdría más que la anguila por ser los colores de su piel más gratos a los ojos? ¡En modo alguno, mi excelente Lina! Asimismo, tú no eres menos hermosa con tu modesto atavío y tu humilde compostura. Y si ello te hace enrojecer, ¡caiga sobre mí la vergüenza! Por consiguiente, alégrate a partir de este instante, con objeto de poder banquetear y festejar, como es debido, en casa de tu padre. (A Grumio) Avisa a mi gente, pues partimos en seguida. Lleva los caballos al extremo del camino grande. Allí montaremos tras dar un buen paseo a pie. Vamos a ver, me parece que son aproximadamente las siete, de modo que podemos estar allá, perfectamente, para la hora del almuerzo.

CATALINA.-Yo me atrevo a aseguraros, señor, que son cerca de las dos.

Luego, lo que haremos será llegar para la cena.

PETRUCHIO.-Las siete serán antes de que yo monte a caballo. Es curioso que diga lo que diga, haga lo que haga o piense lo que piense, siempre has de salir al paso para contrariarme. (A los criados) Dejadnos. Ya no partiré hoy. Y cuando lo haga será a la hora que me plazca decir.

HORTENSIO-He aquí, ¡por Cristo!, un barbián capaz de darle órdenes al sol.

(Salen.)

Cuarta escena

En Padua, delante de la casa de Bautista

(Entran TRANIO [haciendo siempre de Lucentio) y el PEDAGOGO, vestido cual si fuese Vincentio, y con botas de viaje cual si acabase de llegar)

LibrosEnRed

TRANIO.-He aquí la casa, señor. ¿Os agradaría que llamase?

EL PEDAGOGO.-Ciertamente. ¿Por qué no? Si mucho no me engaño, el señor Bautista recordará, tal vez haberme visto hace unos veinte años, en Génova, donde estábamos alojados en la posada del Pegaso.

TRANIO.-¡Magnífico! Ocurra lo que ocurra, comportaos siempre con la gravedad propia de mi padre.

EL PEDAGOGO.-Estad seguro de ello. (Llega Biondello) Pero he aquí vuestro lacayo. Creo que seria conveniente ponerle al tanto de la cosa.

TRANIO.-No os preocupéis por él. ¡Biondello!..., atención, que el momento ha llegado de que cumplas como es debido tu deber. No olvides que este señor es el propio Vincentio.

BIONDELLO.- ¡Bah!, podéis estar tranquilos.

TRANIO.-¿Has llevado mi mensaje a Bautista?

BIONDELLO.-Si. Le he dicho que vuestro padre estaba en Venecia, y que esperabais que hoy mismo llegaría a Padua.

TRANIO.-¡Bien! Eres un muchacho astuto. (Dándole dinero) Toma, para que eches un trago. (La puerta se abre y sale por ella Bautista, seguido de Lucentio haciendo siempre de Cambio.) He aquí a Bautista. Disponeos a manifestaros como es debido. Señor Bautista, nos encontramos oportunamente. (Al Pedagogo) Señor, he aquí al hidalgo del que os he hablado. De nuevo os ruego, pues que, como siempre, seáis un buen padre, y hagáis que Blanca sea mía, contra mi patrimonio.

EL PEDAGOGO.- ¡Calma, hijo mío, (A Bautista) Caballero, permitidme que os diga que, habiendo venido a Padua a cobrar ciertas deudas, mi hijo Lucentio me ha puesto al corriente de un importante asunto de amor, entre vuestra hija y él. Y teniendo en cuenta lo mucho bueno que de vos he oído decir, y el gran amor que mi hijo siente hacia vuestra hija, al que, por lo visto, ella corresponde, decidido a no hacerle esperar demasiado tiempo, concedo, como es lógico que haga un buen padre, mi consentimiento a este matrimonio. Por consiguiente, si tal unión no os es tampoco desagradable, me hallaréis, una vez que nos hayamos puesto de acuerdo sobre ciertos extremos, enteramente dispuesto a consentir su matrimonio. Habiendo oído tanto bien de vos, señor Bautista, incapaz seria de suscitar dificultades.

BAUTISTA.-Señor, dignaos excusar lo que voy a deciros. Vuestra franqueza y recta manera de expresar vuestros pensamientos, me agrada mucho.

LibrosEnRed

Cierto es que vuestro hijo, aquí presente, ama a mi hija, y que ella le corresponde; a menos que ambos fingiesen admirablemente sus verdaderos sentimientos. Por consiguiente, prometedme con sinceridad lo siguiente: que obraréis respecto a él como un buen padre, y que a mi hija la aseguraréis una viudedad eficiente. Esto dicho, convenido está el matrimonio. Vuestro hijo tendrá a mi hija con mí pleno consentimiento.

TRANIO.-Mil gracias os doy, señor. ¿Dónde creerá que será mas conveniente que nos prometamos y que el contrato matrimonial sea establecido, de acuerdo con lo más conveniente para ambas partes?

BAUTISTA.-En mi casa, no, Lucentio, pues ya sabéis lo de que las paredes oyen; y no son servidores lo que me falta. Sin contar que el viejo Gremio está siempre a la escucha, y fácilmente pudiéramos ser interrumpidos.

TRANIO.-Entonces, si no os parece mal, pudiera ser donde yo habito. Allí, conmigo, se aloja mi padre. De modo que esta tarde misma arreglaremos privadamente el asunto. Advertídselo a vuestra hija mediante este servidor que os acompaña (hace un gesto a Lucentio), y el mío irá al instante en busca del notario. El único inconveniente es que, cogidos así, de improviso estáis expuestos a cenar pobremente.

BAUTISTA.-Ello mismo me complace. (A Lucentio) Cambio, entra en casa y di a Blanca que se arregle y prepare. Dile lo que ocurre, te lo ruego. Es decir, que el padre de Lucentio ha llegado a Padua y añade que, sin duda, está destinada a ser la mujer de su hijo. (Lucentio se aparta, pero a una señal de Tranio, queda oculto.)

BIONDELLO.-¡Que tal ocurra a los dioses de todo corazón!

TRANIO.-Deja a los dioses tranquilos, ¡escapa! (Biondello sale) Señor

Bautista, ¿me permitís que abra la marcha? Seréis el bien venido, pero como cena no hallaréis sino lo de costumbre. En Pisa será otra cosa. Vamos.

BAUTISTA-Os Sigo. (Salen Bautista, Tranio y el Pedagogo. Lucentio y

Biondello entran de nuevo.)

BIONDELLO.-¡Cambio!

LUCENTIO.-¿Qué, Biondello?

BIONDELLO.-¿Habéis visto a mi amo guiñaros el ojo y sonreír mirándoos?

LibrosEnRed

LUCENTIO.-Sí, pero, ¿qué quieres decir?

BIONDELLO.-Nada, sino que me ha encargado me quede aquí para explicaros el sentido y moralidad de sus gestos y guiños.

LUCENTIO.-¿O sea? Venga la moral.

BIONDELLO.-Hela aquí, señor: el señor Bautista está en lugar seguro, hablando con un padre postizo y un hijo imaginario.

LUCENTIO.-Bien, ¿y qué?

BIONDELLO.-Vos debéis conducir su hija a la cena.

LUCENTIO.-¿Qué más?

BIONDELLO.-Que el viejo cura de iglesia de San Lucas está a vuestra disposición a todas horas.

LUCENTIO.-¿Consecuencia de todo ello?

BIONDELLO.-¡Qué sé yo! A no ser que mientras ellos están ocupados en hacer un contrato falso, bien podríais vos redactar uno verdadero con toda clase de derechos y privilegios, y tras ello ir a la iglesia. Un cura, un empleado de notaria y algunos testigos honrados, completarían lo que faltase. Si no es esta la ocasión que esperabais, no me queda sino callarme. Claro que no sin aconsejaros que digáis adiós a Blanca para siempre. (Hace ademán como para retirarse.)

LUCENTIO.- ¡Espera! Escúchame, Biondello.

BIONDELLO.-No puedo esperar más tiempo. He conocido una muchacha a la que le bastó una tarde para casarse. Es decir, aprovechando el ir a su huerta a coger perejil para preparar un conejo. Haced como ella, señor. Tras lo cual ¡adiós mi amo! El otro me ha ordenado que vaya a la iglesia de San Lucas con objeto de decir al cura que esté dispuesto para el momento en que lleguéis con vuestra mitad. (Sale)

LUCENTIO.-Entendido y de acuerdo. .. si Blanca consiente. Que consentirá. ¿Podría dudarlo? Suceda lo que suceda le propondré la cosa sin tapujos; y mal tendría que irle a Cambio para volver sin ella. (Sale.)

LibrosEnRed

Quinta escena

En el camino de Padua

(PETRUCHIO, CATALINA, HORTENSIO y varios criados, descansan al borde de la ruta)

PETRUCHIO.- (Levantándose) ¡En marcha, en nombre de Dios! En marcha hacia la casa de nuestro padre. ¡Señor de bondad, con qué claridad magnífica resplandece la luna!

CATALINA.-¿La luna, decís? Queréis decir el sol. ¿Dónde está la luna ahora?

PETRUCHIO.-Yo digo que lo que brilla en el cielo es la luna.

CATALINA.-Y yo que esta luz es la luz del sol.

PETRUCHIO.-¿Cómo? ¡Por el hijo de mi madre! ¡Es decir, por mí mismo, que ha de ser la luna, una estrella o lo que me dé la gana! De lo contrario, no seguiré marchando hacia la casa de tu padre! ¡Atrás los caballos! ¡Cuidado que siempre ha de contradecirme! ¡Siempre lo contrario! ¡Eternamente opuesta a cuanto digo!

HORTENSIO.-(En baja a Catalina) Decid como él o no llegaremos jamás.

CATALINA.-Continuemos, os lo ruego, ya que hemos venido hasta aquí. Y que sea luna, sol o lo que gustéis. Y si os place que lo que nos alumbra sea un cabo de vela, os juro que, en adelante, un cabo de vela será para mí.

PETRUCHIO.-Yo digo que es la luna y basta.

CATALINA.-Pues bien, la luna; seguro.

PETRUCHIO.-¿Por qué mientes? ¡Es el bendito sol!

CATALINA.-Sea entonces Dios bendito también. ¡El bendito sol es! Y dejará de serlo si decís que no lo es. Como la luna cambiará a medida que se os antoje. Nombre que deis a las cosas, tal será su nombre verdadero. Y lo será siempre. Al menos para Catalina.

HORTENSIO.-Petruchio sigue tu camino. Todo el campo es tuyo ya.

PETRUCHIO.- ¡Adelante entonces! Así es como debe rodar la bola, sin chocar ni tropezar torpemente... Pero... ¡calla! ... ¿Quién llega? (Ven venir

LibrosEnRed

a Vincentio en traje de viaje. Petruchio se dirige a él del modo siguiente.) Buenos días, hermosa señora. ¿Adónde vais? Dime, querida Catalina, dime con toda franqueza: ¿has visto jamás una joven con un tinte de cara tan fresco? Azucenas y rosas disputándose sus mejillas. Y, ¿qué estrellas esmaltaron jamás el cielo, con belleza semejante a los dos ojos que adornan su rostro celestial? Agradable y encantadora joven, una vez aún, ¡buenos días! Querida Lina, abrázala por amor a esa deliciosa belleza.

HORTENSIO.-¡Va a volver loco a este hombre, queriendo hacer de él una mujer!

CATALINA.-Joven virgen en flor, dulce, fresca y suavemente hermosa, ¿adónde vas y cuál es tu morada? ¡Dichosos los padres de tan encantadora criatura! ¡Y más dichoso aún el hombre a quien su estrella favorable te destina, cual incomparable compañero de su lecho!

PETRUCHIO.- ¡Pero, Lina! ¿Qué te ocurre? ¿Te has vuelto loca? ¡Considera que se trata de un hombre! De un anciano, todo lleno de arrugas. Ajado, marchito; no de una muchacha como tú dices.

CATALINA.-Anciano padre, perdonad el error de mis ojos. Están de tal modo deslumbrados por este sol, que cuanto veo me parece envuelto en cegadora juventud. Mas ahora advierto, sí, que sois un venerable patriarca. Perdonad, pues, mi aturdida equivocación.

PETRUCHIO.-Si, perdón, noble anciano. Y decidnos, ¿hacia dónde dirigís vuestros pasos? Si vais allí, donde nosotros, felices seremos con vuestra compañía.

VINCENTIO.-Buen caballero, y vos, encantadora señora, que por cierto mucho me habéis sorprendido con vuestra manera de abordarme (se inclina saludando), mi nombre es Vincentio, mi patria, Pisa, y voy a Padua para reunirme con mi hijo, al que no he visto hace mucho tiempo.

PETRUCHIO.-¿Cómo se llama?

VINCENTIO.-Lucentio, noble señor.

PETRUCHIO.-¡Feliz encuentro el nuestro, y aún más para vuestro hijo! La ley, en efecto, lo mismo que vuestra venerable ancianidad, autorizarme a llamaros mi padre bien amado. Sabed que la hermana de mi mujer, la noble dama aquí presente, acaba de casarse con vuestro hijo. Y que ello no os sorprenda ni os aflija, pues no solamente ella goza de la más excelente reputación, sino que su nacimiento es tan honroso como rica su dote. Por lo demás, dotada está, asimismo, de cuantas cualidades necesita la esposa

LibrosEnRed

de un verdadero hidalgo. Abrazadnos, pues, venerable Vincentio, y partamos juntos.

Vayamos al encuentro de vuestro excelente hijo, al cual vuestra llegada colmará de gozo.

VINCENTIO.-Pero ¿es verdad cuanto oigo? ¿O es que, como viajeros llenos de buen humor, os entretenéis en bromear con cuantos encontráis en vuestro camino?

HORTENSIO.-Os aseguro, venerable anciano, que cuanto os dice es la pura verdad.

PETRUCHIO.-Ea, ea, venid con nosotros y veréis cuan cierto es lo que digo. Claro, que se comprende que nuestra primera chanza os haga desconfiado.

(Salen todos. Hortensio el último.)

HORTENSIO.-¡Bien por Petruchio! Todo cuanto ha ocurrido me anima en mi propósito. Corro junto a mi viuda. Tú me has enseñado, caso de que sea arisca, a mostrarme aún más intratable que ella (Sigue a los demás.)

LibrosEnRed

QUINTO ACTO

Primera escena

(GREMIO en primer plano. Por un lado llegan BIONDELLO, LUCENTIO y BLANCA)

BIONDELLO.-De prisa y sin hacer mido, mi amo. El sacerdote está preparado.

LUCENTIO.-Cono vuelo, Biondello. Pero quizá tengan necesidad de ti en casa. Por consiguiente, déjanos.

BIONDELLO.-No, en verdad. Ante todo quiero ver un poco la iglesia por encima de vuestros hombros. Luego volveré junto al otro amo. (Salen Lucentio, Blanca y Biondello.)

GREMIO.-Es sorprendente que Cambio no haya llegado aún. (Entran Petruchio, Catalina, Vincentio Grumio y demás criados del primero.)

PETRUCHIO.-(A Vincentio.) He aquí señor, la puerta. Esta es la casa de Lucentio. La de mi suegro está más lejos; hacia la plaza del mercado. Como debemos ir allí, permitidme que os deje.

VINCENTIO.-No os separéis de mí sin que hayamos bebido juntos. Creo no equivocarme asegurando que seréis bien acogidos aquí. Además y a lo que parece, están de fiesta dentro. (Llama a la puerta.)

GREMIO.-(Acercándose) Están muy ocupados dentro. Haréis bien llamando más fuerte. (Petruchio llama a grandes golpes. El Pedagogo aparece en la ventana)

EL PEDAGOGO.-¿Quién llama de este modo cual si quisiera hundir la puerta?

VINCENTIO.-¿Está el caballero Lucentio en su casa, señor?

LibrosEnRed

EL PEDAGOGO.-En su casa está, pero no se puede hablar con él en este momento.

VINCENTIO.-¿Incluso si alguien le trajese un centenar o dos de libros para que se distrajese con ellos?

EL PEDAGOGO.-Guardaos los cien libros para vos. Él, mientras yo tenga vida no tendrá necesidad de nada ni de nadie.

PETRUCHIO.-¡Cuando yo os decía que vuestro hijo era adorado en Padua! (Al Pedagogo.) Escuche, señor, para no perder tiempo sírvenos decir al caballero Lucentio que su padre acaba de llegar de Pisa, que está aquí en la puerta y que está impaciente por hablarle.

EL PEDAGOGO.-¡Mientes! Su padre ha llegado ya de Pisa, y él mismo es el que mira por esta ventana.

VINCENTIO.-¿Qué?, ¿eres tú su padre?

EL PEDAGOGO.-Yo mismo amigo. Al menos tal dice su madre; si es que puede creérsela.

PETRUCHIO.(A Vincentio) ¡Hola, hola, señor mío! Esto de tomar el nombre de otro es picardía redomada.

EL PEDAGOGO.-¡No soltéis a ese pícaro! Cuando toma mi nombre es porque pretende engañar a alguien en la ciudad. (Entra Biondello.)

BIONDELLO.-Juntos los he visto en la iglesia. ¡Dios les guíe a buen puerto! Pero ¿quién está ahí? ¡Mi anciano señor maese Vincentio! ¡Estamos perdidos! ¡Deshechos!

VINCENTIO.-(Viendo a Biondello.) Acércate aquí, carne de patíbulo.

BIONDELLO.-Espero, señor, tener derecho a elegir mejor destino.

VINCENTIO.-(Cogiéndole por el cuello.) Ven aquí, ¡ganapán! ¿O es que ya me has olvidado?

BIONDELLO.-¿Olvidado? ¡Imposible! Imposible olvidar a quien no se ha visto jamás.

VINCENTIO.-¿Cómo, solemne pícaro? ¿Que no has visto jamás a Vincentio, el padre de tu amo?

BIONDELLO.-Al anciano y venerable padre de mi amo, cierto que si. Como que ahora mismo, vedle vos, está asomado a esa ventana.

VINCENTIO.-(Pegándole) ¿De veras? ¿Pero de veras?

BIONDELLO.- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro contra un loco que me quiere asesinar! (Escapa a todo correr.)

EL PEDAGOGO.-¡Socorro, hijo mío! ¡Socorro, señor Bautista! (Cierra la ventana.)

PETRUCHIO.-Apartémonos un poco, Lina, te lo ruego. Pero quedémonos para ver el fin de la querella. (El Pedagogo, rodeado de criados enarbolando garrotes, aparece. Y tras él Bautista y Tranio.)

TRANIO.-¿Quién sois, señor, que os atrevéis a pegar a mi criado?

VINCENTIO.-¿Que quién soy, señor mío? Y vos mismo, ¿quién sois? ¡Pero por todos los inmortales dioses, vedme al emperifollado bribón! ¡Jubón de seda!, ¡calzas de terciopelo!, ¡manto escarlata!, ¡sombrero puntiagudo! ¡Mi mina, mi ruina! Mientras yo hago economías en casa, ¡mi hijo y mi criado derrochando en la universidad!

TRANIO.-¿Cómo? ¿qué ha dicho?

BAUTISTA.-¡ Bah!, este pobre hombre está loco, sin duda.

TRANIO.-Señor, a juzgar por vuestro traje, diríase sois un hombre razonable y sensato, pero vuestras palabras son las de un demente... Porque, en verdad, ¿qué puede importaros que yo lleve perlas y luzca oro? Por mi parte, gracias doy a mi excelente padre que me permite hacer tal cosa.

VINCENTIO.-Tu padre, ¡canalla! ¿Tu padre, que fabrica velas en Bérgamo?

BAUTISTA.-Os equivocáis, caballero, os equivocáis. ¿Cómo creéis que se llame? Decidlo, haced el favor.

VINCENTIO.-¿Qué cómo se llama? ¡Cual si yo no lo supiese y soy yo quien le ha criado desde que tenía tres años! ¡Se llama Tranio!

EL PEDAGOGO.-¡Fuera, fuera ese asno insensato! Su nombre es Lucentio y es mi hijo único y el heredero de cuanto poseo. De toda mi fortuna, pues yo soy quien soy Vincentio.

LibrosEnRed

VINCENTIO.-¿Lucentio él? ¡Oh! ¡Ha asesinado a su amo! ¡Prendedle! ¡Os lo ordeno en nombre del Duque! ¡Hijo mío! ¡Pobre hijo mío! ¡Dime, bandido!, ¿qué has hecho de mi hijo?

TRANIO.-¡Llamad a un oficial! (Un oficial se acerca.) Conducid a ese disparatado loco a la cárcel. Bautista, mi querido suegro, os conjuro a que hagáis lo necesario para que comparezca ante la justicia.

VINCENTIO.-¿Conducirme a mí a la cárcel? ¡A mí!

GREMIO.-Un instante, señor Oficial. No irá, no a la cárcel.

BAUTISTA.-Callad, señor Gremio. Yo digo que irá a la cárcel.

GREMIO.-Tened cuidado, señor Bautista, no vayáis a ser engañado en esta ocasión. Yo casi me atrevería a afirmar que el verdadero Vincentio es él.

EL PEDAGOGO.-¡Júralo si te atreves!

GREMIO.-Tanto como a jurarlo, no me atrevo.

TRANIO.-Lo mismo podrías decir que yo no soy Lucentio.

GREMIO.-Que eres el señor Lucentio si, pues lo sé.

BAUTISTA.-¡Fuera ese viejo chocho!, ¡Que le encarcelen sin más demora!

VINCENTIO.-¿Es posible que de este modo se insulte y maltrate a los extranjeros? ¡Oh banda de canallas! (Vuelve Biondello acompañado de Lucentio y de Blanca.)

BIONDELLO.-¡Ahora, si que estamos perdidos! Ahí lo tenéis. Renegad de él, abjurad de él, ¡o acaba con nosotros!

LUCENTIO.-(Arrodillándose delante de Vincentio.) ¡Perdón, padre mío!...

VINCENTIO.-¡Ah! ¡Mi hijo adorado está aún con vida! (Biondello, Tranio y el Pedagogo escapan y se refugian a toda prisa en casa de Lucentio.)

BLANCA.-(Arrodillándose ante Bautista.) ¡Perdón, mi querido padre!

BAUTISTA.-¿Qué falta has cometido?. . . ¿Dónde está Lucentio?

LUCENTIO.-Yo soy quien es Lucentio, el verdadero hijo del verdadero Vincentio, y mediante matrimonio acabo de hacer mía a tu hija, mientras que los demás; haciéndose pasar por lo que no eran, te engañaban.

LibrosEnRed

GREMIO.¡Es un verdadero complot para engañarnos a todos!

VINCENTIO.-¿Dónde está ese bribón insolente de Tranio, que se ha atrevido a desafiarme en mi propia cara?

BAUTISTA.-(A Blanca) ¡Esta si que es buena! Pero éste, ¿no es Cambio?

BLANCA.-Cambio se ha transformado en Lucentio.

LUCENTIO.-Es el amor el que ha obrado estos milagros. Mi amor hacia Blanca me hizo cambiar mi condición con Tranio, mientras éste se hacia pasar por mi en la ciudad. Mas, al fin, he podido llegar felizmente al puerto de mi felicidad. Lo que Tranio ha hecho, obligado por mi ha sido. Perdonadle, pues, mi querido padre, por amor a mí.

VINCENTIO.-¡La nariz he de cortar ese bribón que quena enviarme la cárcel!

BAUTISTA.- (A Lucentio) Pero decidme, caballero, ¿seriáis capaz de haben desposado a mi hija sin obtener mi consentimiento?

VINCENTIO.-No temáis nada, Bautista, os daremos toda clase de satisfacciones. Pero yo es preciso que me vengue de ese canalla. (Sale)

BAUTISTA.-Y yo preciso es que reflexione bien sobre esta picardía. (Sale también.)

LUCENTIO.-No palidezcas, Blanca; tu padre no se enfadará. (Lucentio y

Blanca siguen a Bautista)

GREMIO.-En cuanto a mi, perdí la partida. Peno me iré con los demás, porque pendida queda ya toda esperanza, menos en el banquete hinchan la panza. (Les sigue.)

CATALINA.- (Asomando poco a poco, con Petruchio) Vayamos nosotros también, esposo mío, a ver en qué queda todo esto.

PETRUCHIO-Con mucho gusto, Lina. Pero, ante todo, abrázame.

CATALINA.-¿Aquí, en medio de la calle?

PETRUCHIO.-¿Por qué no? ¿Tienes vergüenza de mí?

LibrosEnRed

CATALINA.-¡Oh, no, señor! Pongo a Dios por testigo. Pero sí de hacerlo en plena calle.

PETRUCHIO.-Pues entonces volvamos a casa. (A Grumio) ¿Has oído, granuja? ¡Partamos!

CATALINA.-¡No, no! Te voy a besar, sí (lo hace). Y mío, quedémonos te lo ruego.

PETRUCHIO.-¿No es verdad que el cariño es cosa buena? Ven, mi dulce Lina. Nunca es demasiado tarde para obran bien. Cierto que más vale tarde que nunca. (Salen)

Segunda escena

Padua. Una sala en casa de Lucentio.

(Los servidores abren la puerta para que entren BAUTISTA y VINCENTIO, GREMIO y EL PEDAGOGO, LUCENTIO y BLANCA, PETRUCHIO y CATALINA, HORTENSIO y LA VIUDA. Mas los criados, entre ellos TRANIO con los postres.)

LUCENTIO.-Al fin, tras tan largas discusiones, henos, ya, de acuerdo. Es, pues, el momento, como tras una guerra furiosa, cuando, afortunadamente, ha acabado, de sonreír, pensando en los daños y peligros pasados. Mi hermosa Blanca, da la bienvenida a mi padre, mientras que yo presento mis homenajes al tuyo. Petruchio, hermano mío; Catalina, hermana, y tú, Hortensio, con tu amable viuda, haced honor a nuestra invitación aún, y sed los bien venidos a mi casa. Este postre, destinado a cerrar nuestro apetito está, tras el buen almuerzo que acabamos de hacen. Sentaos pues, os lo ruego, y charlemos mientras comemos. (Se sientan todos en torno a la mesa y los criados sirven frutas, dulces, vinos, etc.)

PETRUCHIO.-Instalémonos, si, y sigamos comiendo.

BAUTISTA.-Padua es quien os ofrece todas estas cosas deliciosas, Petruchio.

PETRUCHIO.-Nada ofrece Padua que no sea amable y dulce.

HORTENSIO.-Bien quisiera, pensando en vosotros dos, que lo que dices fuese la verdad.

PETRUCHIO.-¡Por mi vida, Hortensio! Me parece que es el miedo de tu viuda lo que te hace hablan así.

LA VIUDA.-Por mi parte, os aseguro que el miedo no seria el mejor medio de seducirme.

PETRUCHIO.-Sois muy inteligente, señora. No obstante, esta vez os equivocáis respecto al sentido de mis palabras. Lo que quiero decir, pon el contrario, es que Hortensio es el que os teme.

LA VIUDA.-Aquel cuya cabeza le da vueltas, cree que lo que gira es el mundo entero.

PETRUCHIO.- ¡Bien dicho, a fe mía!

CATALINA.-¿Qué queréis decir ello, señora?

LA VIUDA.-Quiero decir lo que concibo de él.

PETRUCHIO.-¡Lo hago concebir! ¿Qué te parece, Hortensio?

HORTENSIO.-Mi mujer dice que es así como ella interpreta el dicho.

PETRUCHIO.-Eso se llama arreglar bien las cosas. Dadle un beso por el trabajo que se ha tomado, mi querida señora.

CATALINA.-Aquel cuya cabeza da vueltas, cree que lo que gira es el mundo entero. Ahora soy yo quien os ruega, señora, que me digáis qué queréis decir con esto.

LA VIUDA.-Pues que vuestro marido, afligido a causa de una mujer malhumorada, mide la posible desgracia del mío pon la suya propia. Ahora ya conocéis exactamente mi pensamiento.

CATALINA.-Pensamiento bien bajo, ciertamente.

LA VIUDA.-Exacto; en lo que a vos se refiere, en todo caso.

CATALINA.-Y tal vez más aún en lo que os afecta, señora mía.

PETRUCHIO.-¡Ánimo! ¡A ella, Lina!

HORTENSIO.-¡Ánimo! ¡A ella, esposa!

PETRUCHIO.-¡Cien marcos a que mi Lina queda sobre ella!

LibrosEnRed

HORTENSIO.-Eso de quedan sobre ella, sólo es cuestión mía.

PETRUCHIO.-¡Linda expresión pana un cuerpo de guardia! A tu salud, amigo. (Bebe)

BAUTISTA.-¿Qué piensa, Gremio, de este asalto de agudezas?

GREMIO.-Que saben atacar de frente y con la frente, amigo mío.

BLANCA.-¿Con la frente? ¡A cornada limpia más bien!

VINCENTIO.-¡Hola! Ved a la casadita cómo despierta. Diríase que empiezan a preocuparle los cuernos.

BLANCA.-¡Oh no! Si tal creéis, vuelvo a dormir.

PETRUCHIO.-No os lo aconsejo. Pues que habéis empezado, ¡en guardia! Voy a lanzaros un buen dando o dos.

BLANCA.-¿Me tomáis pon un pájaro? En todo caso cambiaré de zarzal. Perseguidme si queréis, pero preparad bien el arco... ¡Salud a todos! (Se levanta, hace una reverencia y sale. Catalina y la viuda la imitan.)

PETRUCHIO.-Se me escapa. Y que es el pájaro al que tú apuntaste también, mi buen Tranio, sin conseguir cobrarle. ¡Bebo a la salud de cuantos, tras apuntar, erraron el tino!

TRANIO.-¡ Ah caballero ! Es que Lucentio me había lanzado como lebrel que corre como es debido, peno sólo caza para su amo.

PETRUCHIO.-Rápida y buena contestación, bien que huela a perrera.

TRANIO.-En cuanto a vos, bien hicisteis en cazar pana vos mismo. Dícese, por tanto, que vuestra cierva os tiene que ya no podéis más.

BAUTISTA.-Donde las dan las toman. Petruchio. Tranio hace de ti ahora su blanco.

LUCENTIO.-Bien enviado, mi buen Tranio; te doy las gracias.

HORTENSIO.-Confiesa, confiesa, que esta vez te ha tocado.

PETRUCHIO.-Me ha arañado ligeramente, lo confieso. Pero como el dardo ha salido de rebote contra vosotros dos, apuesto diez contra uno a que os ha tullido a ambos.

BAUTISTA.- Hablando seriamente, Petruchio, hijo mío; yo bien creo que tu mujer es la más fiera de las tres.

PETRUCHIO.-Pues bien, yo digo que no. Y como prueba, que cada uno haga llaman a su mujer. Y aquel cuya esposa se muestre más obediente y llegue antes, ganará la apuesta que establezcamos.

HORTENSIO.-¡Aceptado! ¿Cuánto?

LUCENTIO.-Veinte coronas.

PETRUCHIO.-¿Veinte coronas? Esta cantidad yo la apostaría por mi halcón o por mi perro. Por mi mujer aventuraría veinte veces más.

LUCENTIO.-Entonces, cien coronas.

HORTENSIO.-De acuerdo.

PETRUCHIO.-Apuesta hecha.

HORTENSIO.-¿Quién empieza?

LUCENTIO.-Yo mismo. Biondello, ve a decir a tu ama de mi parte que venga.

BIONDELLO.-Al instante. (Sale)

BAUTISTA.- (A Lucentio) Querido yerno, la mitad de tu apuesta, para mí. Blanca vendrá.

LUCENTIO.-Gracias, pero no quiero mitades con nadie. Yo solo sostengo lo que he apostado. (Vuelve Biondello.) Y bien, ¿qué hay?

BIONDELLO.-Señor, mi ama dice que os haga saber que está ocupada y que no puede venir.

PETRUCHIO.-¿Cómo que está ocupada y que no puede venir? ¿Es esto una respuesta?

GREMIO.-Si. E incluso amable. Rogad a Dios que vuestra mujer no mande que os digan algo peor.

PETRUCHIO.-Una mejor espero, por tanto.

HORTENSIO.-Pues andando, bribón de Biondello; ve a rogar a la mía que venga al instante, que yo la llamo. (Biondello sale.)

PETRUCHIO.- ¡Hombre!, si la "ruegas" claro que vendrá.

LibrosEnRed

HORTENSIO.-No obstante, mucho me temo que a la tuya le ruegues en vano. (Entra Biondello.) ¿Qué pasa? ¿Y mi mujer?

BIONDELLO.-Dice que seguramente habéis preparado alguna broma y que no quiere venir. Que si queréis, que vayáis vos.

PETRUCHIO.-Esto va de mal en peor. Blanca no "podía"; ésta no "quiere". Respuesta infame, intolerable, insoportable. ¡Grumio!, ve, tunante, adonde está tu ama y dile que la mando que venga. (Grumio sale.)

HORTENSIO.-Ya conozco la respuesta.

PETRUCHIO.-¿Es decir?

HORTENSIO.-Que no le da la gana.

PETRUCHIO.-Qué le he de hacer. Peor para mí.

BAUTISTA.-¡Por nuestra Señora! ¡Catalina llega! (Catalina aparece y entra)

CATALINA.-¿Qué deseáis, señor? ¿Para qué habéis enviado a llamarme?

PETRUCHIO.-¿Dónde está tu hermana? ¿Qué hace la mujer de Hortensio?

CATALINA.-Están sentadas en el salón, charlando junto al fuego.

PETRUCHIO.-¡Corre por ellas! Y si se niegan a venir tráelas hasta sus maridos a latigazos. ¡Escapa! ¿No te digo que las traigas al instante? (Catalina vuelve rápida sobre sus pasos.)

LUCENTIO.-Como cosa prodigiosa, lo es. ¡De veras!

HORTENSIO.-Cierto, pero ¿qué puede presagian?

PETRUCHIO.-Nada más sencillo: es un presagio de paz, de amor, de vida tranquila, de sumisión deferente, de superioridad respetada. En una palabra: de todo cuanto anuncia armonía y felicidad.

BAUTISTA.-Te felicito, Petruchio: has ganado la apuesta. Por mi parte, añado veinte mil coronas a las que ellos han perdido. A hija nueva ¡nueva dote! Que en verdad tan cambiada está, que no hay medio de reconocen en ella a la antigua.

PETRUCHIO.-Pues entonces ganaré aún mejor esto que gano dándoos aún otra prueba de su obediencia. De esa virtud de obediencia que acaba de

LibrosEnRed

nacer de ella. Pero aquí la tenéis trayendo a las rebeldes como prisioneras de su poder de femenina persuasión. (Catalina llega acompañada de Blanca y de la viuda). Catalina: esa toca que llevas no te sienta bien. Quítame de la vista ese perendengue y pisotéale. (Catalina obedece al punto.)

LA VIUDA.-¡Señor!, concédeme que jamás tenga ocasión de llorar sino el día que tuviese que estar sometida a tan tonta obediencia.

BLANCA.-¿Tonta? ¿Llamáis sólo tonta a obediencia tan disparata?

LUCENTIO.-Yo quisiera que la tuya fuese no menos disparatada. Su cordura, hermosa Blanca me costado cien coronas desde hemos comido.

BLANCA.-Si has apostado contando con mi obediencia, doblemente loco eres tú.

PETRUCHIO.-Catalina, te intimo que digas a mujeres tan rebeldes cuáles son sus deberes respecto a sus señores y esposos.

LA VIUDA.-¡Bah! Estáis de broma. No tenemos necesidad de lecciones.

PETRUCHIO.-(Señalando a la viuda.) Habla, te he dicho. Y empieza por ella.

LA VIUDA.-No lo hará, y hará bien.

PETRUCHIO.-Pues yo digo que lo hará. Empieza por ella.

CATALINA.-¡Ea, ea! Desarruga esa frente colérica y amenazadora y aparta de tus ojos esas aceradas minadas de desdén que hieren a tu señor, a tu rey, a tu amo. Ese aire díscolo empaña tu hermosura lo mismo que las heladas marchitan los prados. Quebrantan asimismo tu buen renombre cual las borrascas arrancan los brotes primaverales ya en flor: lo que no es en modo alguno no conveniente ni amable. Una mujer colérica es como un manantial removido cenagoso, feo, turbio, desprovisto de toda belleza. Y mientras está de tal modo, nadie hay, por sediento que se halle, por deseoso de beben que se encuentre, que quiera remojar en él sus labios ni beben una sola gota. Tu marido es tu señor, tu vida, tu guardián, tu jefe, tu soberano. El que cuida de ti y quien, porque nada te falte, somete su cuerpo a penosos trabajos en tierra o mar; vigilando de noche mientras sopla la tempestad; de día, bajo el frío; mientras que tú, en el hogar, duermes a su calor tranquila y segura. Por todo ello, cuanto te pide como tributo de amor es una cara alegre y sincera obediencia. Lo que es pagar levemente deuda tan grande. El homenaje que el súbdito debe a su príncipe

LibrosEnRed

es la sumisión que la mujer debe a su marido. Y cuando es indócil, malhumorada, terca, áspera; cuando no obedece cuanto de honrado la manda, ¿qué es sino una mujer mala y rebelde, culpable de indigna traición hacia su abnegado señor? Vergüenza me da pensar que haya mujeres tan necias como para declaran la guerra a aquellos a los que deberían pedir la paz de rodillas. Vergüenza de que reclamen el gobierno, el poder, la supremacía, cuando su deben es servir, amar y obedecen. ¿Por qué, si no, tenemos el cuerpo delicado, frágil, tierno, impropio para la fatiga y trabajos de este mundo, si no es para que nuestro corazón y nuestras amables cualidades estén en armonía con nuestra naturaleza material? ¡Ea, ea, gusanillos de tierra insolentes y débiles! Yo he tenido también, como vosotras, el carácter altanero, el corazón orgulloso, el ánimo áspero y presto a devolver regaño por regaño, amenaza por amenaza. No obstante, bien veo ahora que nuestras lanzas son cañas y nuestras fuerzas briznas de paja. Y que no hay debilidad semejante a la de buscar antes que nada lo que menos nos conviene. Abatid, pues, vuestra altanería, que para nada sirve, y poned vuestras manos, en signo de obediencia, a los pies de vuestros maridos. Si mi marido lo quiere, las mías dispuestas están a rendirle este homenaje...

PETRUCHIO.-¡He aquí una mujer como es debido! Ven y abrázame, mi querida Lina.

LUCENTIO.-Sigue tu camino, amigo. La partida será siempre tuya.

VINCENTIO.- ¡Grata cosa es oír hablar a hijos tan dóciles!

LUCENTIO.-¡Tanto como desagradable escuchar a mujeres insolentes!

PETRUCHIO.-Vámonos, Lina. Vamos a dormir. Henos a los tres casados; pero vosotros dos lleváis faldas. Tú has dado en el blanco, Lucentio; pero he sido yo el que ha ganado la apuesta. Vencedor, pues, me retiro. Que Dios os conceda a todos una buena noche. (Salen Petruchio y Catalina.)

HORTENSIO.-Sigue, sigue tu camino; has domado a una famosa fierecilla.

LUCENTIO.-A fe que ha sido un milagro. Pero que la ha domado, ¡y maravillosamente!, no hay duda. (Salen.)

FIN

LibrosEnRed

Acerca del Autor

William Shakespeare



Nació en Stanford-on-Avon. A los 18 años se casó con una mujer mayor que él, con quien crió dos hijas. No se sabe exactamente de qué vivió sus primeros años en Londres: se supone que de la enseñanza o de su mecenas, a quién dedicó sus dos primeros poemas. Uno de ellos, "Venus y Adonis", de 1593, alcanzó una amplia popularidad y fue reimpreso seis veces en un plazo breve.

En 1594 se unió a la compañía de actores Lord Chamberlain, la más famosa de las que por entonces se presentaban en la corte. Luego de unos años, en 1599, formó, con un grupo de actores de la compañía, un sindicato para construir y operar su propio teatro: El Globo. A partir de entonces, disminuyeron sus problemas económicos y se dedicó principalmente a escribir.

Creó un conjunto de sonetos y más de treinta obras de teatro: dramas, romances, comedias y tragedias. Fue un profundo explorador del alma humana y un creador de personajes de gran riqueza psicológica. Prueba de esto es la supervivencia de muchos de ellos en el imaginario occidental, como Otelo, Yago, Shylock y Hamlet.

Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.